
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00461723 9

COLECCIÓN «LITERATURA»

Tomo IV

GUÍA DE CASADOS

Imp. de V Rico.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

COLECCION "LITERATURA,,

TOMO IV

FRANCISCO MANUEL DE MELLO

GUÍA DE CASADOS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

ANA DÍAZ



BIBLIOTECA HISPANIA.—CID, 4, MADRID


LIBRARY
APR 5 1968

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Por primera vez se traduce al castellano esta obra, una de las menores de don Francisco Manuel, si por el tamaño han de valorizarse los libros—y la primera que escribió en su lengua paterna—, en edad madura y descargado de los metafóricos artificios que caracterizan a casi todos los escritores seicentistas.

Siendo don Francisco Manuel harto conocido por quienes hayan frecuentado la literatura española, y su *Guerra de Cataluña* obra ya clásica, prescindimos de ensayar una biografía,

que, a poco compulsar datos, nos acreditaría de erudita. Restablecemos, eso sí, su verdadero apellido y lo llamamos Mello y no Melo.

Trasladamos al castellano el libro de la edición de Prestage, tomada, a su vez, de la *editio princeps,* cuyo verdadero título es «*Carta de Guía de Casados, para que por el camino de la prudencia se acierte con la casa del descanso.* A un amigo, por D. Francisco Manuel. En Lisboa, 1651.»

Nosotros nos hemos limitado a simplificarla, sin alterarla como el capitán Juan Stephens, que intitula su versión inglesa *The Government of a Wife.* Ciertamente que la mayor parte de los consejos van en el libro enderezados a las mujeres.

Está escrito el libro, como ya se advierte, en un lenguaje corriente y sobrio, sin un plan deliberado, o por lo

menos sin un plan apriorístico. Da la sensación de que desarrolla las ideas según se le van ocurriendo.

Como *Don Quijote*, se escribió en una cárcel: en la prisión de Torre Vieja, antigua fortaleza de la Otra Banda, incorporada ahora al Lazareto.

«Injustamente afligido entre los suyos y en la propia patria naufragante», dice don Francisco Manuel.

Aunque su doctrina de las relaciones entre los casados esté naturalmente fundamentada en la sólida roca del paulinismo, quiere decirse de la tradición cristiana, no se crea que es por ello una pura elaboración libresca o un comentario a las epístolas del Apóstol. Ni se parece a *La Perfecta Casada*, del maestro Fray Luis de León, ni menos al *Casamiento Perfecto,* de Diego de Paiva de Andrade, o al *Espejo de Casados,* del Doctor Juan de Barros.

Escrita la obra en estilo «alegre y fácil», aprovecha don Francisco Manuel para redactar esta carta antes su experiencia que su cultura, según él mismo nos advierte.

«No soy ya mancebo. Criéme en Cortes; anduve por el mundo; observaba las cosas; guardábalas en la memoria. Vi, leí, oí. Estos serán los textos, estos los libros que citaré a vuestra merced en este papel.»

A. Díaz.

CARTA
DE GUIA DE CASADOS

A D. Francisco de Mello, Alcaide mayor de Lamego, Comendador de San Pedro de la Vega de Lira, Trinchante de Su Majestad.

Primo: Para que en el mundo hubiese una dedicatoria verdadera, había de hacerse al descuido. Me avisa ahora Pablo Craesbeck que en su oficina está impresa mi *Carta de Guía de Casados* y que la dedique yo por mí mismo, o la deje ofrecer a quien la estime y la agradezca. Mas yo, que no estoy ya para probar ventura con protecciones de grandes, ni oso mandar mi nombre

de nuevo a la ventura (pues que al cabo la protección es viento y las aventuras vienen a parar en desastres), en este poco espacio que me deja la respuesta nada se me ocurre más atinado que recordaros y de paso mi obligación para ofreceros este librejo. No penséis que me quedáis debiendo gran cosa; y sólo para que sepáis cuál es el empeño, desenvolver el presente. Haceros cuenta que lo que había de deciros a pedazos cuando Dios os llevase a ese estado, os lo digo aquí por junto; que no soy de los que se curan a sí con distintas medicinas que a los demás. Escribí a un amigo estas observaciones. Servíos de ellas confiadamente y à su tiempo, porque si la amistad es el mayor parentesco, ha de ser el parentesco la mayor amistad. Va a condición de que no habéis de amparar ni defender el libro; porque si no corrie-

se ofendido o desamparado, ni lo tendría por mío. Usad antes, si fuere—que sí será—necesario, de aquella mi respuesta a uno que me tachaba de escribir muchos y malos libros: «Señor—díjele yo—, dejadme hacer muchos hasta que haga uno que os contente». Decidle esto y Dios os guarde.

Vuestro primo,

D. Francisco Manuel.

A LOS LECTORES DE ESTA CARTA

No otro negocio es la filosofía que una consideración universal de todas las cosas, por la que se alcanza el conocimiento de ellas. Divídese en natural y moral. La natural averigua las cualidades de los cielos, elementos y criaturas. La moral se endereza al trato humano. A su vez divídese esta moral en tres partes, que llaman ética, económica y política. La ética hace relación a las costumbres; la económica, a la regencia de casas y familias, y la política entiende del gobierno de las ciudades, reinos e imperios; de suerte

que la económica implica política—pues que el reino es casa grande y la casa reino pequeño—y la ética necesita de ambas, pues que el hombre es un mundo entero.

Mas hablando ahora solamente de la filosofía económica, que es la que compete a este tratado, digo que esta tal filosofía abarca todas las condiciones de gente de que una república se compone: grandes, medianos y pequeños; sin embargo, mira con mayor atención a los grandes, ya que la segunda y tercera calidad de hombres no requiere tanto estudio para su conservación. Extiéndese también a todos los estados de la vida: casados, solteros y viudos; pero es más propia de casados, no porque solteros y viudos dejen de necesitar de reglas para su buen gobierno, ya que son estados en que pocos y poco tiempo se detienen, y per-

teneciendo a limitadas familias, no piden todo aquel desvelo, cuidado y vigilancia que conviene al casado para sustentar su casa con honra y sin peligro.

El principal estudio que han de hacer los casados es aquel que les da el modo justo de haberse y de vivir con sus mujeres; porque de este acierto o error proceden todos los aciertos o errores de un varón y de una familia.

Siendo rogado don Francisco—autor de este papel—de un su gran amigo que entendía casarse, para que le diese algunos buenos consejos y avisos acerca de tal estado, escribió este discurso (según él mismo afirma) sin artificio alguno, que es buena cualidad para dar crédito a lo que aconseja.

Fué su ánimo persuadir a los casados de la paz y concordia con que han de ordenar su vida, buscar la estima-

ción de sus mujeres, inculcar los medios por donde el amor se conserve y la opinión se aumente.

Cuando este libro corrió manuscrito fué calumniado de severo por algunas personas contra la libertad de las mujeres, y es esta la causa principal por la que se comunica ahora a todos, para que se vea la escasa razón que dió el libro para que semejante juicio se promulgara, lo que se conocerá a poco que se compulse su doctrina con la de otros que esta misma materia trataron.

Y si por ventura se dijese que obra aquí el entendimiento de los hombres arrastrado de su condición, véase aquel excelente tratado que escribió de la *Nobleza virtuosa* la Condesa de Aranda, doña Luisa María de Padilla, y publicó Fr. Pedro Enrique Pastor, que luego se advertirá que ni por ser escrito de mujer se sobornó de la fra-

gilidad de su jurisdicción para advertirles a las de su sexo con toda aspereza los necesarios preceptos.

La Naturaleza muestra, y la experiencia lo confirma, que las medicinas de uso más dificultoso son las de más eficaz virtud. El arte que llaman los médicos precautoria es, sin duda, molesta, si se mira a cuanto obliga; mas si a lo mucho de que preserva, es suavísima. No estuvo en el ánimo de don Francisco inducir a nuevos cuidados y desconfianzas, sino antes mostrar los caminos para salir de ellos y huir de ellas.

Entre sus libros puede ser que ninguno sea más útil que el presente, y de seguro ninguno más fácil; o que la materia pidiese un descansado estilo, o que él, cansado de ser reprendido de misterioso—y tal vez de oscuro—quisiera escribir para todos, pues para

todos escribía, si no es para sí mismo (1). Séale disculpa, ya que no loor, haber deseado en todos sus escritos acomodar el estilo a la materia, cosa no de todos guardada y a pocos concedida. Porque en la *Historia de Cataluña* mostró elocuencia histórica; en el *Eco Político* levantó más el vuelo, porque lo pide la política; en el *Mayor Pequeño* y en los *Fénix* escribió aforístico y lacónico, porque las materias morales y místicas que comprenden fuesen por la brevedad apetecidas; en las *Musas,* grave, por ser ese el mejor método entre lo vulgar y lo difícil; en

---

(1) Fué don Francisco Manuel solterón incorregible y afamado galanteador de damas, tanto en Portugal como en España, y *si vera est fama* no siempre salió ileso de su donjuanismo. Porque era célibe, nos dice el impresor lo de «si no es para sí mismo». Y si algún lector arguye que mal puede aconsejarse sobre lo que sólo en teoría se conoce, le daremos la respuesta que a este propósito formuló el propio don Francisco: «Más sabe de lances de juego quien ve que quien juega».—*(N. de la T.)*

el *Panteón*, culto, porque la materia trágica solicita el más alto de los estilos. Lo mismo observó en cuantos tratados compuso antes y después de los referidos. Lo propio acaece con el presente, en que se muestra no menos digno de alabanza por la propiedad con que escribe su lengua, como por la elegancia que ya en la castellana había mostrado. Quedo preparando las demás en portugués mientras gastáis el tiempo en castigar o estimar ésta, que a todos sirve y a todos ofrezco.

El Impresor.

CARTA
DE GUIA DE CASADOS

En medio estoy, señor N., de aquellas dos cosas que más pueden en los hombres: amor y obediencia. Amo a vuestra merced. Mándeme Vmd., y pues que me manda una cosa bien dificultosa, la obediencia y el amor, que ya hicieron imposibles, no se negarán hoy a vencer dificultades.

Díceme vuestra merced que se casa y que para gobernarse en ese nuevo estado le dé algunos buenos consejos. Cosa es esta en que falta más quien pide que quien da.

Pues por cierto que quien desea bue-

nos consejos es que ya no necesita de ellos; porque es tan gran prudencia pedir consejo, que creeré que a hombre que sabe pedirlo nunca le hará falta.

Lo primero que quiero aconsejar a Vmd. es no se fíe tan sólo de mi voto, pues aunque en mí haya muy buena disposición y voluntad para servirle, podrá ser que ni a pesar de eso haya entendimiento para bien aconsejar, porque entendimiento y voluntad se reunen menos veces que honra y provecho, y aun siendo como es potencia poderosa, no siempre guía con acierto si le faltan los ojos de la suficiencia.

Grandes cosas dejó escritas la antigüedad para advertencia de casados. Muchas y graves son las que los modernos añadieron.

Mas nosotros aquí, señor N., nos hemos de entender como en plática de lar, a cuyo abrigo en estas noches de

invierno estoy escribiendo estas reglas en estilo alegre y fácil, cual requiere el estado y edad de Vmd., bien que tan diverso de mi humor y fortuna.

Darán licencia los Sénecas, Aristóteles, Plutarcos y Platones; ni quedaremos mal con las Porcias, Casandras, Zenobias y Lucrecias, porque sin dichos de ellos ni acciones de ellas, espero nos haga Dios merced de que atinemos con lo que Vmd, desea oir y yo procuraré decirle.

No soy ya mancebo. Criéme en Cortes; anduve por el mundo; observaba las cosas; guardábalas en la memoria. Vi, leí, oí. Estos serán los textos, estos los libros que citaré a Vmd. en este papel, donde reunidas algunas historias, que iré recordando, puede muy bien suceder que no sean menos útiles que esa máquina de griegos y romanos que los que llaman doctos nos sir-

ven en todos los platos hasta el fastidio.

Asentemos, ante todo, que cualquier mudanza causa extrañeza. Mudar de unas casas a otras es cosa en cierto modo áspera. Síguese, pues, que nadie ha de mudarse sin algún recelo.

Imagine Vmd. que para este estado nació y lo criaron sus padres. Este fué el que Vmd. estaba esperando. Este le es propio; el otro, ajeno. Nadie se queja de haber llegado al fin de su camino.

Considere que en él no padece fuerza su libertad; antes así como aquel que sube acelerado una escalera agria, cuantos más son los escalones más desea encontrar un tramo en que descansar, asi también, subiendo el hombre por la escalera de la vida, cuantos más son los años y tanto más sueltamente se van viviendo, más necesario es el reposo de un honrado casamiento, que

no *in merito* le llamamos estado, por ser no sólo fin sino también descanso.

Ha subido Vmd., si no muchos escalones — quiero decir vivido muchos años—, los que bastan para darse ya descanso.

Paga el hijo a su padre aquel beneficio que de él recibió, pues si no se casara el padre, no fuera él hijo. Van de este modo los hombres contribuyendo unos a otros y todos a la memoria de los que les dieran el ser, a quienes después de Dios estamos más obligados que a nadie.

Espántanse los mozos con lo que del casamiento oyen decir a los mal casados, pues ha de saber Vmd. que es más facil convertir el buen agasajo en mal humor que el mal humor en buen agasajo. Paréceles a los mozos intolerable la carga del matrimonio. Es, señor, pesadísima la carga del matrimo-

nio para quien no la sabe llevar; mas para quien la sabe es por extremo ligera. Una arroba de hierro lleva un hombre al hombro; mas con el fácil artificio de dos ruedas acarrea un quintal. No excede el peso del casamiento nuestras fuerzas; lo que sucede es que muchas veces fáltanos la prudencia con que sustentarlo, de donde viene que nos parezca excesivo.

¿Quiere ver Vmd. cuán leve es la carga de esta vida que toma? Compárela con la que deja.

Ponga, señor, en la balanza la inquietud pasada, los peligros, disgustos, desorden de los afectos, aquel temerlo todo, no fiar de nada, la venganza que acecha, el dolor que amenaza, la ruin ley que desespera, los celos que abrasan, los amores que consumen, la honra en ocasión, la salud disminuída, la vida en riesgo y, lo que es

más, la conciencia en perenne zozobra.

Pues, señor N., albricias, que ya todo eso se acabó.

En verdad que aun cuando el casamiento no trajera otros bienes que librar de tantos males, justamente merecía el nombre de santa y dulce vida.

Veamos lo que se le da a un casado a trueque de la libertad que deja.

Dásele otra; entrégasele la mujer. con la libertad, la voluntad, la hacienda, el cuidado, la obediencia, la vida, el alma.

¿Quién pesará lo que deja con lo que recibe, que no advierta luego las ventajas del cambio?

Una de las cosas que más asegura la futura felicidad de los casados es la proporción del casamiento. Desigualdad en sangre, edad o hacienda, causa contradicción, y la contradicción, discordia. Por aquí vienen trabajos, piér-

dese la paz, y la vida es un infierno.

Para satisfacción de los padres conviene mucho la proporción de la sangre; para el provecho de los hijos, la de la hacienda; para el gusto de los casados, la de las edades. No que se necesite una conformidad de día por día entre marido y mujer; mas no ha de ser excesiva la ventaja de uno sobre otro. En todo caso la ventaja, cuando la haya, ha de estar de parte del marido, en todo superior a la mujer. Y si acontece que en todo sean iguales, se habrá realizado la suma felicidad.

Decía un nuestro gran cortesano que habia en el mundo tres castas de casamientos: casamiento de Dios, casamiento del diablo y casamiento de muerte. De Dios, el del mancebo con moza; del diablo, el de vieja con mancebo, y de muerte, el de moza con viejo.

Tenía razón, porque los casados mozos pueden vivir con alegría; las viejas casadas con mozos, en perpetua discordia, y los viejos casados con mozas apresuran la muerte, ya por desconfianzas, ya por demasías.

Mas como estas cosas son muy generales y hasta los más perros las alcanzan, es ya tiempo de pasar a algunos más particulares avisos.

Sepa Vmd. que su alma se aumenta con otra y a su obligación se añade una nueva. Así deben crecer sus cuidados y sus respetos. Y así como el que tiene una heredad y la cultiva y le dejan otra para los mismos efectos, sin disminuir su alegría es fuerza que se aventaje en diligencia, para con su trabajo abarcar el que ambas exigen, así debe el casado multiplicar el tiempo y la fatiga sin por ello entristecerse, si no quiere faltar al nuevo cargo

que tomó y le entregaron con la mujer que le dieron, no para que se arriesgase y la perdiese, y a sí mismo con ella, sino para con mayor acomodo y descanso pasar la vida.

Probemos a ver si es posible dar alguna regla de amor, que es quien hace y deshace casamientos, unas veces porque falta, otras porque sobra. Armémosle las redes: si quiere, caerá; pero lo más seguro es que vuele y huya de ellas, que no en balde lo pintan con alas.

Amese a la mujer, mas de suerte que no se pierda por ella su marido. Aquel amor ciego quede para las damas (1), y para las mujeres el amor con vista. Cúrese los ojos o pida luces prestadas al entendimiento.

No pierda por la mujer el marido la

(1) Aquí damas se toma por novias.—*(N. de la T.)*

dignidad de hombre, a trueque de no contradecirle cuando es justo.

Considérese que, como del amor propio, hay también Narcisos del amor ajeno.

Alababan mucho ciertos cardenales a un criado del Papa Pío V, por ser a quien éste más favorecía. Respondióles: «Bueno es, pero nunca me contradice». No desamor, sino antes perfección de amor, es saber contrariar la voluntad de quien se ama, cuando no ha de seguirse.

Algunos maridos hay, señor, de tan poco juicio, que alardean de su propio cautiverio. Igual afrenta es para un casado saber que lo manda su mujer, como para una casada considerarse esclava del marido, y no compañera.

Este fuero, esta prerrogativa, de que cada uno es bien que use, conviene

que muy al comienzo se concierte. Que sea el marido en su casa sol, y luna la mujer. Alumbre ella con la luz que él le transmita, y tenga al tiempo claridad propia. A él sustente el poder, a ella la estimación. Ella tema a él, él haga que todos la teman.

Dijera yo que las mujeres son como las piedras preciosas, cuyo valor crece o mengua según la estimación que de ellas hacemos.

Los que casan con mujeres que son, saben o tienen más, están en grave peligro. De éste libró Dios a Vmd., porque en lo que marido y mujer deben ser iguales, lo son, y en lo que el marido ha de exceder, excede. Los años de exceso son arras en favor de la autoridad del marido.

No me detengo en apuntar los remedios para semejantes riesgos, porque no es mi ánimo dar consejos a quien

escoge mujer, sino avisos para vivir con la que ya escogió.

El hombre que casa con mujer de poca edad lleva la demanda medio vencida. En tiernos años no arraiga ruin costumbre, porque la menos advertida está en el ánimo como huésped y no de asiento.

Acusando un hombre a su mujer de mal acostumbrada delante de su príncipe, fué por él preguntado acerca de los años en que entrara en su poder, y como le dijese que de doce, respondió aquel rey: «Pues sois vos quien merecéis castigo, que tan mal la criasteis».

Un león pequeñuelo se amansa; a los propios alambres de la jaula en que vive preso se aficiona el pájaro, siendo aquél de su natural feroz y éste libre. Es la crianza un segundo nacimiento, y si en algo difiere del primero es

en ser más poderoso este segundo.

El hombre que tenga discreción e industria, casando con mujer de poca edad piense que va a ser tanto padre como marido. Puede hacer que ella renazca con nuevas condiciones. Si vemos bailar un oso en una cuerda—animal tan pesado que mal se afirma sobre la tierra—, ¿por qué desesperar de poder instruir a mujer moza en todos los buenos dictámenes y costumbres a que la quiera llevar su marido? ¿Y cómo no ha de mal acostumbrarse, si su marido la induce a malos hábitos?

Corren peligro las muy mozas por el excesivo amor a padres y hermanos en que las crían, y tanto más ocasionado a inconveniencias cuanto más lícito parece.

De ordinario esto se regula por la manera de ser de los padres y de los parientes. Cuando los padres son como

deben, la inclinación es loable; cuando no, es preciso apartarla por buenos medios de semejante familiaridad.

Quisiera yo que las casadas tuvieran a sus padres antes reverencia que amor, no que del todo se lo rehusen, ya que sin amor no hay obediencia; mas cuando fuese amor y los tales poco dignos de él, provea el marido con arte al remedio, que no es tan dificultoso.

Juzgo yo que para esta tal medicina es conveniente una nueva blandura, un enamorar a la mujer otro tanto más de lo que sin esta razón sería menester.

La niña que otra cosa no sabe, sino el pecho de la madre, lo deja a cambio de darle a conocer la suavidad de la miel, o de encontrarla más dulce que la leche. No hay duda de que el buen amor del marido hace olvidar a

la mujer el de padres y hermanos. Este halago debe ser discreto, repartido por igual en palabras y obras. El traje que no se pide, la caricia que no se espera, la excursión en que no se pensaba, el no salir de casa una tarde, el recogerse más temprano una noche (y si dijera uno levantarse más tarde una mañana, no mentiría) harán llanísimo el camino para el olvido de los padres, cuando así convenga al marido.

Hay quien duda pueda ser perfecto el amor entre aquellos que por conveniencia o concierto se casaron, entendiendo que la perfección de querer sólo se reservaba para los que por amor casaban; a lo que se refería un galán que respondió a una parienta que lo invitaba a matrimonio de conveniencia: «Señora, no me allano a querer a nadie por fe de escribano, sino por la mía».

De una y otra cosa no faltan buenos ni malos ejemplos; mas yo, que estoy más amartelado con la razón que con el caso, diré con alguna novedad lo que se me ofrece.

Persuadido estoy, señor N., que esta cosa que llaman amor concentra muchas cosas en una palabra. Acaso por esto, los antiguos fingieron muchos amores, a los que daban diversos nacimientos, y que de ahí venga el que al ámor llamamos amores, pues si no fuera así, sería gran impropiedad esta.

Yo considero dos amores entre la gente. El primero es aquel común afecto con que sin más causa que su propia violencia nos movemos a amar, no sabiendo lo que ni por qué amamos. El segundo es aquel con que proseguimos en amar lo que tratamos y conocemos. El primero acaba en la posesión de lo que se deseó; el segun-

do comienza en ella; pero de suerte que ni siempre el primero engendra el segundo, ni siempre el segundo procede del primero.

De donde infiero que el amor, familiaridad o fe de los casados que del trato brota, si ha de ser seguro, en nada depende del otro amor que se produjo del deseo o apetito y desorden de los que se amaron antes desconcertadamente, que sin erronía los llamamos amores que más embarazan que aprovechan.

Parecerá difícil considerar cómo a persona que nunca vimos podemos amar con perfección. Larga es la disputa y no de este lugar. Digo yo que hagamos, señor N., en este caso, como los que cortan madera y la lanzan al río para que su corriente la lleve sin trabajo alguno al puerto. Ellos no saben por dónde va su mercadería,

pero bástales conocer que llega a puerto segura, por otras que ya llegaron, y así la entregan a las aguas con toda confianza.

Déjese llevar el casado del poder de aquella virtuosa costumbre; no luche ni forcejee con la corriente, que cuando menos lo espere, y sin saber cómo, se hallará amando a su mujer y de ella muy seguramente amado.

Désele entender a la mujer que la cosa que más debe querer es su marido. Tenga el marido para sí que lo que más debe cuidar es su honra y después el cariño de su mujer.

Dice un antiguo dictamen: «Quien no tiene marido no tiene amigo». Dice otro: «Quien tiene mujer tiene lo que ha menester». Y en verdad, así es entre casados; que son los refranes, señor N., sentencias verdaderas que la experiencia, suma maestra de las ar-

tes, pronuncia por boca del pueblo.

Mas porque sucede que a pesar de todas las medicinas recetadas, cuando Dios quiere castigarnos con la pesadumbre de topar con una condición adversa, la mujer lucha por sustentar sus desarreglos, discurriremos sobre los varios géneros de ruines cualidades que suele haber en ellas, para que a todos puedan aplicarse convenientes remedios; mas ni por eso se espere conseguir de todas mejoría.

Cuidan con falso discurso algunas mujeres de que sus maridos les guarden los honores debidos, y sobre eso, que les sufran cuanto quieran ellas.

Es esto un mero engaño por dos razones: porque nada se les debe a las honradas por guardar la compostura a que Dios, la Naturaleza, el mundo y el miedo las conminó.

Acuérdome que estando en Madrid

tenía una vecina muy brava, que peleando un día de tantos, no cesaba de cencerrearle al marido con lo de: «Hermano, yo soy muy honrada», y así era, en verdad; pero con harta razón contestábale el esposo: «Pues apela a Dios para que te lo pague, que a mi cuenta no está el pagarlo porque lo seas, sino el castigarlo cuando no lo seas».

La segunda, porque la honra de sus maridos se pierde por sus incontinencias, y no menos por las ocasiones en que los ponen por otros muchos excesos que cometen. Graciosa y no menos exacta fué la opinión de aquella persona que dijo que nadie sufría más que quien tenía buena mujer, buen criado y buena cabalgadura, porque a cuenta de buenas, cada cual hacia su voluntad y nunca la del dueño. Sin duda por eso se dice en Castilla la

chocarrería: «Buena mula, buena cabra, buena hembra, son tres malas bestias».

Las mujeres de agria condición, a las que comúnmente llaman bravas, son las que menos cura tienen, porque hasta de la prudencia del marido, que era su mejor medicina, toman pretexto para desmandarse, siendo ya viejo lo de que el soberbio se insolenta más a la vista de la humildad y el bravo se enfurece ante la mansedumbre. Violencia y castigo no se compadecen con la condición noble, por lo que ya dijo un discreto que entre las cosas que los villanos habían usurpado a los caballeros, una era poder castigar a las mujeres cuando lo merecían.

Poco más remedio tienen estas tales cualidades que una suma prudencia. Aquel a quien tal suceda aconséjole que se vaya de las ciudades y lugares

de mucha población. Quien grita en despoblado, es menos oído. Atajando así el mal, se evitará ser la fábula del pueblo, pues nada es más pasto de la murmuración que desavenencias entre casados. De aquí deriva no leve injuria, pues el zumbido del comentario resuena en los oídos del cuitado tanto como los gritos de la mujer.

A la fea se la puede obviar tantas veces cuantas el marido marche de su presencia o ella de la del marido. Considere que más vale vivir seguro en el corazón que contento en los ojos, y con esta seguridad viva contento, que poco más importa perder por junto la hermosura que ver cómo la va perdiendo día a día, que es gran pena para quien ama. Sucede esto siempre en las mujeres, ya por la edad, ya por los achaques a que toda hermosura vive sujeta, por donde con mucha razón se que-

jaba un discreto, no de que la Naturaleza acabase con las hermosas, sino de que las envejeciese.

Mujer necia, cosa es pesada, mas no insufrible. Procure el marido prestar juicio a cuantas acciones de la mujer viera que le faltan. Así lo hará el avisado, y si no lo fuese, poco ha de importarle que ella no lo sea.

La dolencia que a muchas aflige es también un no pequeño trabajo; vese penar a la persona que se quiere, siendo éstas las que menos lo merecen, que males y bienes suelen andar en el mundo muy desordenados. Debe el marido tratar a la mujer cuando enferma con todo regalo y sufrirla con mucha paciencia. Hágase esta cuenta, que es favor de Dios; puesto que haya de padecer alguien, sea la mitad del alma ciertamente, pero aquella parte que menos falta hace a la familia. Consi-

dérese, para que bien se sufra, que la obligación del buen compañero es no abandonar a la mujer en ningún trance, e inversamente.

Hay muchas mujeres de condición impertinente, cuya demasía de ordinario descarga sobre los criados, de donde sucede cobrar ruin fama y no encontrar quien sirva. Conviene que a las tales se les apriete el freno y no se les entrometa en el gobierno de la casa, y que, como personas heridas de mal contagioso, se les sirva desde lejos, oyéndolas poco y dándolas a oir menos. Muéstreseles a estas mujeres los resultados funestos de su condición dejándolas sin servicio, y si con esto no se enmiendan, veo dificultoso el remedio, viniendo a pagar el marido culpas de la mujer y desabrimiento con la servidumbre, que no distingue entre la condición de los dos, ni cuál

es digno de amor y cuál de desamor. Acontece también que suelen ser un poco cortas o míseras; mas este defecto es de los leves, y si el marido es liberal, luego dará remedio a la condición de la mujer, y si ambos fueren derrochadores, vivirán en la escasez, pero con contentamiento.

No creo que los egipcios, con toda su agudeza, inventaran más excelente jeroglífico que el que nuestro adagio descubre: «El marido, barca, y la mujer, arca». Oíselo a una vieja y lo escuché como de boca de un sabio. Traiga el marido y guarde la mujer.

Mujer celosa es bien ocasionada para vivir sin contentamiento. Apuntaba una de buen juicio: «Mujer celosa va para ociosa». Quería decir, no les deis motivo, que ella no lo tomará. Y no distinguía queja de celos, porque a la que con razón se lamenta no llamo yo

celosa, sino a la que sin causa se queja. Pues enmendar cada uno sus flaquezas, aunque dificultoso, no es imposible; para enmendar las ajenas no es dificultoso, porque es imposible.

Contra las celosas sin razón, el mejor remedio es que no la tengan, pues de ese modo se asegura la conciencia y la honra. Contra las que la tienen, cúrese el marido de la liviandad y ella se curará de los celos. Para desconfianzas leves, que un discreto llamaba sarna del amor, que duele y agrada juntamente, digo yo, que como se satisficieron de novias, así se satisfarán de mujeres. Cuanto más furioso y desordenado es el amor, más vehementes son sus celos, como del mejor vino sale el mejor vinagre. Quien supo desmentir los celos de la novia, desmienta los de la esposa.

Aquí trato de las gastadoras, fuego

perenne de casas y familias. Siempre fué causa de muchos males esta condición, porque como tiene color de cosa buena, suele ser muy acepta. Digo, que una mujer honrada ha de tratar el dinero como el hierro y el fuego, con temor. Parece el dinero en manos de la mujer arma impropia. Pregunto: si para despedir a un criado no tiene la mujer autoridad, ¿cómo puede arrogársela para tirar por la ventana la hacienda, de la que depende la tranquilidad de amos y criados?

Para la que esté herida de este mal, es menester gran recato y vigilancia, y asi como quien navega teme mucho más una herida en el casco que cien en la borda —por donde al cabo sale el agua—, asi no hay nada más peligroso en una casa que mujer gastadora y desarreglada, porque como ese es defecto que está dentro del propio cau-

dal, es decir, en el fondo de la casa, luego se va a pique la familia entera.

Una de estas derrochonas vendió por un muñeco un foro que le venía de juro. No es defecto este que alcance sólo a las damas de alcurnia, sino a gente de baja condición. Sucedió estando yo en Madrid venir a mi casa la mujer de un obrero, para que, sobre dos sábanas, le prestasen doce reales, y preguntándole cuál era su necesidad: «¡Ah, señores, dijo, tengo concertado comprar media docena de higas de azabache lindísimas, y si ahora no las tomo, no sé cuándo podré haberlas!» Súfrese mejor uno de estos desarreglos cuando no hay costumbre. En la moza es tolerable, insoportable en la mujer. Sepa la mujer que el mundo es mayor que su apetito. Dios nos guarde de las que hacen cierto el refrán vulgar: «Mi hija Matea, cuanto ve, tanto desea».

Respóndaseles con esta razón: primero está el deber; luego, la temperancia; después, el gusto.

¿Qué diré de las que porfían y de las tesoneras o tozudas? Las más son contumaces en su parecer, sobre todo si son necias o presumidas. No estimo yo que con la mujer se litigue, pues es concederle igualdad de juicio e imperio, cosa de que debemos huir. Hágase cuenta que a ella no le corresponde entender, sino obedecer y mandar a criados. Habiendo cuando se casó entregado su voluntad al marido, comete delito queriendo usar de aquello que ya no es suyo.

Todo es humo si se compara con el defecto de la facilidad o ligereza; y no acabo de formularlo porque no encuentro nombre decoroso. Mujeres hay, leves y gloriosas, enamoradas de su parecer; veletas, como los antiguos las

llamaban, para expresar que se movían a cualquier ráfaga de viento. Es este el último de los males, y ni lo considero, por parecerme innecesario apuntar el remedio. Sean la honra y la conciencia de cada cual sus consejeros. Con agudeza ha definido esto un prudente: «Sufra el marido a la mujer todo, si no ofensas, y la mujer al marido ofensas y todo».

Advertiré que aquello de que cortesanías y galanterías no hacen mal, es conclusión erradísima, cuya práctica introdujo la industria y no la razón. Cuando clavamos un clavo, acostumbramos a prepararle sitio con una barrena. Ningún vicio entra tamaño como es. Aquel bicho que en el Brasil se introduce en la carne (1), empieza siendo entretenimiento, pasa a ser moles-

(1) Parece referirse a la nigua.—*(N. de la T.*

tía, llega a ser dolencia, y acaba por ser peligro. La honra de la mujer compárola yo con las cuentas, que en equivocándose un guarismo yerra tanto el que se equivocó por ciento como el que se equivocó por mil. Hagan, pues, las honradas buenas cuentas.

De las que se precian de hermosas no podemos prescindir. Que la mujer se conozca, no es vicio; antes es vieja opinión mía que debemos conocer lo que hay en nosotros de malo y de bueno; lo uno, para conservarlo; lo otro, para enmendarlo. Úsese de la hermosura con nobleza, agradezca cada cual el tenerla; mas mostrarla con alarde es poca prudencia. El marido que vea inclinarse a su mujer a esta vanagloria, viva avisado por ella, y sepa que tiene peligrosa mercadería, pues contra lo que con otras virtudes sucede, cuanto más codiciada menos es de co-

diciar. Por esta razón no faltó quien dudase si la hermosura se daba como premio o como castigo.

Pasamos ya por este enfadoso laberinto, bien que nada hay en el mundo donde no peligre hasta la persona más advertida. Vuestra merced verá que en los mapas de los navegantes están notados con igual diligencia los escollos de que es preciso guardarse como los puertos donde se debe ir a surgir.

Habiendo, señor mío, mostrado a vuestra merced unas sombras de los peligros e inconvenientes que tienen las mujeres, con algunas de sus imperfecciones, hablaréle de los descansos y contentamientos que consigo traen las buenas. Son tantos, que ni decirse pueden.

No hay en la elocuencia loor que no venga estrecho para elogiar a una mu-

jer honrada. Así la debe tratar su marido como prenda celeste.

Para la conservación de esta honra y de esta mujer iré apuntando a vuestra merced algunas cosas que más sirven para usadas que para aprendidas. No basta plantar el arrayán en el jardín; por buena que sea su casta, es preciso, para que adorne y tome formas diversas, torcerle a veces los ramitos y otras cortarle los vástagos, y con todo, nada aprovecha si perpetuamente el jardinero no lo cultiva.

Húyase como de peste de repartir casa y recibir criados con distinción, tales para el señor, tales para la señora. Si el casamiento es unión, ¿para qué dividirlo? Este punto aprovecha más como advertencia que como especulación. Ni le huyo, pues, ni le persigo.

Tiénese hoy por grandeza labrar

cuartos y aposentos aparte, de donde viene que el hombre viva tan alejado de su mujer como de sus vecinos. Pregúntese a las paredes de las casas antiguas, y pues que las paredes hablan, ellas dirán las costumbres de los antepasados. Vese por el modo de edificar, que donde hoy no cabe un pobre escudero, cabía antes un gran señor. No estoy tan amartelado con la antigüedad que siga ciegamente sus costumbres, mas parecíame bien aquella sencillez y no bien esta cautela. Vivan todos en todas las casas, maridos y mujeres, que lo contrario es un abuso lleno de peligros.

Error profundo es que haya en una casa gente parcial que sólo al ama deba fidelidad y secreto, y sólo a ella quiera servir y dar gusto, y sólo tema su enojo o espere su premio.

Acostumbraban a decir los grandes:

«Tantos criados, tantos enemigos», sentencia de que fué autor nada menos que el Espíritu Santo (1). Pues esta otra casta de criados, que son y que no son, es la quintaesencia de los criados enemigos.

Introdújose la costumbre, o el diablo la inventó, de unos pajecitos que llaman de antorcha o de estrado. No

(1) Prestage no encontró la concordancia bíblica a que alude don Francisco Manuel. Hay, sí, un proverbio latino, *Quot servi, tot hostes,* al que corresponden formas griegas. Véase Otto, *Die Sprichworter der Römer*, pág. 379. Leipzig, 1890. Vid. también el libro portugués citado por Prestage: *Arte de roubar os Patroes, conselhos a criados, criadas e amas de cria, livro de grande sabedoria e maior utilidade para criados e amos, porque se a uns ensina, a outros revela coisas que nao deven ignorar: escrito com penna de oiro por un macacao calejado no serviço.* Lisboa, 1883. ¡Qué diría hoy Mello si viviese! Mas realmente lo de ahora es justo. Claro es que la jerarquia, es decir, lo aristárquico, no desaparecerá del mundo mientras éste exista, pero cuando se concede al merecimiento. ¡Y tantas se dejan servir hoy que habían de servir ellas o ellos, e inversamente! Sobre todo, bien está que el ser criada o criado se despoje de ese sentido de servidumbre que hasta aquí tuvo y pase a ser un arte me-

apruebo tal uso si se les asigna particular ejercicio, antes soy muy contrario a él, porque entran y salen, son expertos y artistas y con el favor toman mañas como rocín gallego.

Sean los pajes todos del señor, y de éstos, los más modestos y honrados se apliquen al servicio de la mujer, y si se variaren, oro sobre azul. Para hacer esto, no es preciso ver sino que es

---

cánica, sin la que no podemos pasar. Y así resultará que quien sirva valdrá más que el servido, pues éste no necesita de nadie y aquél sí. La verdadera esclavitud está en la dependencia, y no es el criado el que depende, sino el amo que necesita del criado. A mí, al menos, no me asusta que nadie quiera ser como yo; lo que me alarmaría es que yo no quisiera ser más que los demás. Bien entendido, que espiritualmente, porque las condiciones económicas, ¿por qué han de ser distintas? ¿Por qué para unos ha de ser edad de hierro lo que para otros edad de oro? ¿Y por qué no de plata para todos? ¿No nos han machacado durante veinte siglos con la solución cristiana? Pues ¿por qué la repudian ahora que los comunistas rusos la hacen efectiva? ¿O es que se trataba de predicar y de no dar trigo? Pues ahora no hay sino darlo o perecer en la demanda.—*(N. de la T.)*

mejor que lo contrario. Hágase porque es bueno y más seguro que lo que no se hace.

Entren poco y hasta parte señalada, porque si son pequeños negocian con las criadas y abogan a veces por los otros, y si grandes, andan procurando por causa propia, con daño siempre del decoro de casa.

Vió un día el duque de Alba, abuelo de este que hoy vive, entrar un paje ya espigado en el cuarto de las criadas; llamóle y díjole: «Andad, decidle al mayordomo que os cape u os encape».

Había sucedido un desconcierto en casa de una señora a una cierta criada suya, y fué tal, que se hubo de descubrir de noche e írsele a buscar remedio en casa de una comadrona. Daba grandes voces el que buscó a la comadre, y gritaba, por parecerle así más hones-

to: «Acuda vuesa merced a casa de doña Fulana, que está una su dueña de parto.» ¡Qué pregón! ¿Y a quién culpar de la infamia de aquella casa sino al señor de ella?

Señor, cuando el fuego anda en el monte, atájanle muy bien los caminos para que no quede arista ni pajuela que pueda saltar de un árbol en otro, de modo que de nuevo se avive. Estas pajitas, estas briznas, son a veces causa de muy grandes incendios. Ande, señor mío, la casa de Vmd. bien limpia y bien barrida, que a más de ser gran aseo es gran descanso.

Quiero hablar de criadas, y quisiera hablar más bajo, si la escritura, como la voz, tuviese tonos.

El número de ellas ni falte al estado de cada cual ni sobrepase la hacienda de cada uno. En esta mengua nos llevan los extranjeros muchas ventajas.

(Hasta principios del siglo XIX los viajeros hacían notar el número excesivo de criados en las casas hidalgas portuguesas. Vid. Costigan, *Sketches of Society and Manners in Portugal*, volumen I, pág. 216; Beekford, *Italy; With Sketches of Spain and Portugal*, vol. II, pág. 43, y Kinsey, *Portugal Illustrated*, pág. 77.) Señoras de gran porte por tierras que vi y anduve, se sirven con una o dos criadas, y más de las hijas que de ellas. Y por esta causa llaman los franceses a las damas de palacio «hijas de honor», dando a entender que lo mismo que de una hija puede hacerse una criada, a una criada puede tenerse en cuenta de hija.

Si lo he de decir en otra parte, sea aquí antes de que de ello me olvide. Oí muchas veces a un famoso predicador repetir este dicho gracioso y verdade-

ro: «Aquel que gasta menos de lo que tiene, es prudente; quien gasta lo que tiene, cristiano; quien gasta más de lo que tiene, ladrón».

En casa bien regida en nada debe haber exceso, y si alguna cosa ha de faltar, es la que no se ve: como criadas, que éstas conviene que sean las cosas menos vistas de las casas. Aun cuando sólo fuese por atajar los embarazos que causan a la familia, podía usarse de ellas con moderación.

Valida especial de la señora no haya ninguna, para que todas lo puedan ser en grado conveniente. Todas la amen; a todas estime; sean todas sus criadas; sea señora de todas; de ninguna sea amiga; con ninguna se muestre compañera.

Voy a contar, no a inculcar, a Vmd. una historia en secreto: Decíame un un gran señor, muy discreto y gentil

político, que así como su mujer se declaraba en favorecer a una criada más que a otras, luego, si era moza, la galanteaba hasta que a puros celos la lanzaba de su servicio o al menos de su valimiento, y si era vieja la compraba con dinero y mercedes, de suerte que también por sospechosa la descomponía. Con tal destreza nunca notara a su mujer particularizarse con una criada más que con otras.—Téngolo por demasiada astucia; lo cierto que él le daba mucha importancia a esa treta. Quede dicho, no aconsejado.

Pues estamos en el asunto, digamos algo concerniente a criados. Si fuere prolijo, sepa Vmd. que de propósito me detengo porque juzgo este punto uno de los más principales a la honra y paz de los casados.

Mujeres que son como el río Nilo, de quie no se sabe ni el nacimiento ni la

corriente, huir de ellas como de los cocodrilos que dicen que lleva ese rio. Hay unas que dan en tener *don;* otras que se precian de nobilísimas, y plegue a Dios que no sea por afinidad; muchas que se venden por hijas bastardas de Fulano o Zutano; las que si lo son por estar mal criadas sirven poco para servir; algunas que se introducen por descasadas; algunas que se les fueron sus maridos para la India, y nada de aquello es seguro ni cierto.

Éstas acostumbran a ser discretas, músicas, comediantas, saben hacer tocados extravagantes, bordadoras, costureras, y con el cebo de estas habilidades hechizan a las señoras, que mal advertidas de aquellos lazos, caen facilmente en sus enredos; luego son las mimosas y queridas, levántanse de repente sobre las demás, anda la casa revuelta, y aun eso es el menor in-

conveniente. Cuentan historias a sus amas, mostrándoles la facilidad de vencer un imposible; alegan con casos pasados, y finalmente son como sarna de honra, que siendo ruin y asquerosa dolencia pasa por gusto y daña con gracia a la persona que la padece (1).

¿No debía cuidarse si convenía servirse de personas de grandes partes? Ya sería bueno que fueran conocidas.

---

(1) La sarna de la honra es el *morbus gallicus*, dice Prestage. En la *Vida* de Simón Gomes, el Zapatero Santo, el Padre Manuel da Veiga refiere lo siguiente:

«La infame dolencia que llaman *males* — por lo malo del pecado que la causa — antiguamente extrañábase tanto, que el hombre inficionado de ella se escondía y desaparecía de entre la gente, y avergonzado de sí mismo se condenaba a destierro marchando fuera de poblado, sabiendo que había incurrido en la desestima y descrédito de parientes y amigos. Y ahora le llaman ya el *mal honrado*, porque por nuestros pecados anda en gente honrada y noble, que aunque en otras cosas se dan por muy honrados y no sufren que les tiren de un hilo de la capa, aquí tienen la honra por tan acabada y perdida que aunque les caigan los cabellos de la cabeza, y queden con mellas y calvas, y se les pongan los rostros disformes, y tengan otras señales de este mal, no se afrentan y no se recatan de aparecer en pú-

Vemos con todo que en ésta está el mayor peligro, porque la fortuna tiene guerra pregonada con la Naturaleza, y siempre favorece una a quien la otra desfavorece.

Agudo y razonable es lo que escribió aquel mi amigo: que ni música, poesía, valentía o amor se concedian sin la pensión de un juicio ligero, las más de las veces arriesgado, y no pocas defectuoso.

---

blico, y plegue a Dios que no se jacten de padecerlo.» Loco citato, edic. de 1759, pág. 139. Esto pasaba a fines del siglo XVIII. Al comenzar el XX las cosas han variado notablemente, ya porque la terapéutica haya procurado remedios que evitan el que se muestre en público semejante lacra, ya porque en las actuales condiciones higiénicas la viruiencia del mal sea muy otra. Quién más, quién menos, tiene su poco de avería, y si se la castigase uno con pena de destierro, ¡adiós Humanidad! Por lo demás, lo de las mejores condiciones higiénicas no se dice por la Península, donde en la mayor parte de los lugares subsisten las del siglo XVII. Hasta hace relativamente poco, en el Palacio Real de Madrid apenas si habia, como no fuera en calidad de mera decoración, lugares a propósito para las diarias abluciones.—*(N. de la T.)*

Cuando la mujer tenga deseos de recibir en su servicio personas semejantes, opóngasele con suavidad su marido. Hágale entender que las rentas se venden en la capilla, los tocados se hacen en Palacio, y todo lo que cuesta dinero es más barato, que a trueque de vivir con recelo ninguna cosa es buena.

Convienen para criadas las hijas de las que lo fueron, por estar ya a prueba de amor y lealtad; las vasallas, quien las tuviera; las vecinas y las gentes de antiguo conocidas y todas aquellas que pueden y deben servir sin vergüenza de su estado, a quien sus amos puedan mandar sin vanidad ni orgullo falso.

Una casta de mujeres que hay por el mundo entre huéspedas y recogidas, tampoco tienen mi voto. Muchas señoras huélganse de autorizar a estas ta-

les con la fama de su casa. No me pronuncio contra lo bien hecho; pero necio sería quien sacase carbones del fuego para abrasarse el seno. Mas esta no es ley general, y puede alterarse según lo entienda la prudencia del marido.

Contra la antigua modestia portuguesa introdújose la costumbre de que las criadas anduviesen en el mismo traje que las señoras. Ayúdanse de otra astucia, metiendo en la cabeza a las pobres amas, a quien con tales persuasiones dejan pobres, que la honra de una señora está en traer a sus criadas más lustrosas que a sí mismas, y le apuntan que vea en esta y en aquella otra, que no siendo tanto como ella viste a las criadas mejor.

Puede así acaecer, según la igualdad de los trajes, no saberse quién es el ama y quién la criada. con mucha

más razón de la que dicen que tuvo cierto casero de un hidalgo nuevo muy mancebo, que entrando un día con un presente en la cámara donde yacían sus amos y no distinguiendo cuál fuese él o ella—a quien las crenchas hacían semejantes y las barbas no desemejaban — preguntó cuál de los dos era el señor novio, porque a él quería darle el recado. ¡Cuántas veces podría preguntarse hoy, viendo criadas y señoras, quiénes son unas u otras!

El menor peligro que hay es el exceso o desorden en el gasto, y con todo es tamaño que, en verdad, si se mide la ansiedad y el trabajo en que muchos amos viven para sustentar la vanidad de sus siervos, se verá que mayor trabajo pasan los amos en servir a los criados que los criados en servir a los amos.

Mas volviendo al fausto y excusado

adorno de las criadas, la experiencia muestra bien los daños que esta costumbre trae consigo. Viéndose ellas tan majestuosas, levántanseles los pensamientos y tratan de aprovechar aquel buen tiempo mostrándose y dejándose ver y procurando haber, por tales medios, algún estado que por desdicha suele ser siempre ruin.

Sea el marido almotacén que tase las galas de la familia; consienta a las criadas limpieza, mas no locuras; diferéncielas en el traje como en el oficio.

No se les llame damas ni se les consienta galanteos, cosa moderna y bien excusada. Quédese esa permisión para la casa del rey, donde el miedo al castigo y la fuerza del decoro suprime la malicia, que alguna vez, no embargante, se desvinculó tanto que venció al miedo y se rebeló contra el decoro.

En parientes de criadas muy solícitas

haya gran tiento. Primos y cuñados que no fueren conocidos, hablen desde afuera, y si no hablan, mejor, que darán menos en que hablar. Curas que se van a hacer en casas de hermanas y cuñadas, son enfermedades. Visitas, aun con dueña vieja y flaca al costado, tienen sus riesgos.

Amistades especiales entre esta gente son dignas de tomarlas con tino; secretos perpetuos inducen sospecha. Evítese que se llamen unas a otras con nombres que inventa la ociosidad, como: «mi marido», «mi abuelo», «mi comadre», o también «amores», «pensamientos», porque todo esto, cuando de presente no sea malo, es, a mi juicio, un juego de espada que las adiestra para cualquier desconcierto.

Mas no por eso aconsejo a los amos lo que Maquiavelo a los principes, a quien persuade de que debe poner unos

en contra de otros, para que no siéndose fieles entre sí se lo sean a él. Vélese el casado cuanto pueda; pero sin apelar a medios ruines, que la concordia no se alcanza, si se alcanza, sino en casa pacífica y concertada. No quiero poner en cerco a estas mujeres ni negarles lo lícito; apunto el peligro para que de él se desvíen por el cuidado del amo, la señora y las criadas.

Conviene, sobre todo, que el señor sea bien quisto de las criadas y para ese efecto las trate con la benignidad posible, no se particularice con ninguna, hable y procure por todas. La liberalidad, o por lo menos la galantería, ayuda a eso mucho, dándoles de cuando en cuando lo que no esperan.

Verdaderamente, señor N., que podemos afirmar que así como entre la cabeza y demás partes del cuerpo humano conviene que haya gran confor-

midad para que vivamos con salud, así también entre el señor de la casa y los familiares de ella conviene que haya concordia para que pueda vivirse con gusto y quietud. Y de la misma manera que los humores más sutiles y delgados son los que primero se revuelven y corrompen, así las mujeres son las que primero dan motivo a cualquier movimiento, por donde es necesario vivir con ellas muy avisado porque no se destemperen y acaben con el contento.

Ahora pídole a Vmd. por premio del riesgo en que me puse hablando tan libremente, que lea y guarde para sí esos avisos, porque por más que por mi estado ando ya libre de los peligros de su indignación, aún los pasados daños hacen que ahora tema.

De lo que tengo dicho de las criadas puede sacarse algun documento para

los criados. La primera observación respecto a ellos sea que no se les trate de modo que a su propia señora dé cuidado, cosa que no pocas veces acontece. Cuando este favor es indiscreto piensen las mujeres que los criados sirven a sus amos en ruines menesteres, y particularmente si fueron de las mocedades del señor.

Si esto sucediera, persuada el marido a su mujer de que a trueque de que viva satisfecha desviará de su valimiento y hasta de su casa a ese criado. Y hágalo si conviene, pues en ese caso la resistencia es constelación de contrarias sospechas. La bien inclinada y amante del marido conténtese con saber si le es posible sacudirse aquel enfado cuando le pongan a su elección el remedio.

Sucede muchas veces a las mujeres lo que a los potros, que se gobiernan

mejor dándoles rienda suelta y saben que pueden ir a su voluntad, que cuando la recogen y demuestran que obedecen voluntad ajena.

Úsese con la mujer de blandura y cortesía, y si para entre casados admitiésemos algún artificio, dijera ser buena regla mostrar a la mujer que puede todo con el marido, sin que realmente pueda más de lo que es de razón.

Sepa también la mujer sesuda que debe honrar a quien su marido honra, y el hombre honrado que a nadie debe dar lado que a su mujer pierda el respeto.

No es posible dejar de admitir que a uno o a unos criados pueda tener el señor mejor voluntad, según lo que cada cual merezca por sus servicios. La regla general de este negocio es que debe favorecerse al criado que lo merece; lo que da que pensar es ver

regalar sin orden al que todos conocen por inútil. Lo mismo en señores, que en grandes, que en reyes.

La escogida de criados, siendo siempre necesario hacerla con tino, lo es más para los casados. Los que se precian de valientes son ruidosos; los músicos, inquietos; los enamorados, infieles; los lindos, impertinentes. Hombres limpios, bien criados, amigos de la honra, son los a propósito, y éstas sus mejores partes.

Tase el número la hacienda, como de criadas se ha dicho. La razón pide una continua igualdad en casa de hombre sesudo. En esta parte se dispensa cuando la ocasión pugna con la igualdad. Bodas, hijos, cargos, alegrías públicas, piden ventaja en la familia, que pasado aquel tiempo sería defecto aguantarla, y lo sería también pasar por estas cosas sin algún lucimiento,

porque el mundo en que vivimos, como tomó el sabor de los pensamientos de los hombres, no juzga aquella temperancia por prudencia sino por avaricia.

Recuerdo a este propósito una cortesanía que oí en una corte, y fué que un rey mandó cierta embajada al emperador. Era prudentísima persona la que la llevaba, pero parco en los aumentos de su casa, de donde notábase la mediańía entre los ministros. Y como el rey ventilara este negocio estando enfermo, decían los traviesos que su majestad enviaba aquel embajador de aquella manera por haber hecho voto de ir descalzo a cierta casa de devoción de Alemania si Dios era servido de darle salud.

Lo mismo que del número diré del trato. De puertas adentro siempre conviene que sea suficiente. La gente de

no elevados pensamientos con nada está tan satisfecha como con la buena comida, que es felicidad o trabajo que padecen dos veces al día; el exterior, es decir, de puertas afuera, puede, según los tiempos, crecer o menguar.

Particularizando más este punto, tengo por gran prudencia dar tinelo (es decir, cobijo, habitación, que aunque tinelo signifique sala de yantar de la servidumbre, aquí se emplea de otra suerte), pues comen y andan limpios. El dinero es peligroso: juegan, lo gastan mal y después padecen. Este es el peligro de los que son grandes, y de los pequeños digamos lo del hidalgo, y va de cuento de chimenea, que nunca tuviera pajes sin sarna sino hasta que los hizo dormir con las criadas de su mujer.

Aunque sea volver a lo mismo, contábame un gran prelado de cierta re-

ligión muy reformada que siempre traía a los frailes hambrientos, para que no pensasen en otra cosa sino en comer mejor. Los criados deben tratarse al revés, porque andando bien mantenidos son mejores sus pensamientos.

Tenemos ya aposentada a la familia y al casado en su casa. Digamos algo de la mujer, y después apuntaremos cómo debe usar de todo.

Mi ánimo no es, como ya queda dicho, aconsejar cómo debe casarse nadie, ya que el acierto de Vmd. me eximió de eso; para el que ya casó, y suponemos bien casado, van estas advertencias.

Preguntóme alguien si es lícito dejar a la mujer propia el uso de aquellas buenas cualidades de que la Naturaleza las dotó, tales como cantar, danzar, hacer versos y otras semejantes pre-

rrogativas, que en algunas hallamos y en muchas pudiera haber si el recelo no las reprimiese (1). Cierto que si vuestra merced me hiciera esta pre-

---

(1) No se entienda que el hecho de traducir este libro, por otra parte muy notable, represente, ni con mucho, aquiescencia a las teorías que aquí se formulan al respecto de la libertad de la mujer para desenvolverse en otro ambiente que no sea el puramente casero. Sobre este punto, como sobre tantos otros, existe en nuestro país un desconocimiento absoluto de la realidad de otros pueblos más adelantados, a pesar de los optimistas que, como el señor Salaverría y demás acólitos del *A B C*—ese periódico que acabará de embrutecer a España si lo dejan—, que creen que más adelantados que nosotros no hay nadie. ¡Y no ha podido celebrarse un Congreso feminista por faltar la autorización del becerril Arzobispo de Toledo y otros *ejusdem farinæ!* Risa daría — si no fuese que la indignación la vela — tanta mentira como se promulga, no con otro objeto que con el de que no salgamos de la charca en que chapoteamos desde principios del siglo XVII. Con conservadores de abecedario y mujeres que se pasan la vida — y tan ricamente — sin baño pero con un cura al lado, dentro de doscientos años habremos hecho méritos suficientes para quedarnos reducidos a la triste condición de albañal del progreso humano, aunque Salaverría se tire de los pocos pelos que le quedan en la cogotera. Y que ruja el infierno y brame Satán, España quedará alacoquizada por los siglos de los siglos. Amén.—(*N. de la T.*)

gunta veríame en grave aprieto, porque aniquilar en cualquier persona perfecciones que Dios le dió, impiedad me parece; hacer que se ejerciten en aquella medida que la prudencia aconseja, paréceme imposible.

Decía a este propósito la princesa de Roca Sorion, en Francia, que fué discretísima y no bien casada: que de las tres potencias con que entrara en poder de su marido, dos le tomara él, quedando con una que de buen grado le hubiese dado, porque careciendo ya del poder de entender y querer, para nada quería la memoria, como no fuese para sentir mayor pena de verse sin entendimiento ni voluntad.

De todas las gracias de las mujeres, la gracia es la que tengo por más peligrosa, pues sin aparato ninguno se puede usar de ella, siendo, a mi juicio, la gracia la peor de las desgracias.

Cantar la mujer al marido y a los hijos, si los tiene, cosa me parece lícita, y lo sería danzar alguna hora en su cámara en tanto la edad le permita esa alegría. No encuentro bien traer castañuelas en las faltriqueras o saber jácaras, pues son indicios de desenvoltura.

Lo de ser graciosa y aguda en visita, en la iglesia, en el coche, en el palacio, trae grandes inconvenientes dificilísimos de atacar, porque de las cosas que se sigue aplauso bien o mal ganado, nadie se arrepiente.

Vele el marido, y si logra enmienda dese por muy satisfecho, que de esta enfermedad no vi a nadie convalecer.

Hemos entrado en las costumbres de la corte. Con gran recelo estoy de que comience a no saber lo que digo.

¿Quién dará término a las visitas, meriendas, juegos, romerías, camara-

das, comadres y amigas? Viérales yo término y fuera dado por quien fuera.

Señor, hay unas cosas que no son buenas ni malas y que sólo la costumbre las hace buenas o malas. Hay otras que de sí no son buenas y que por más que las sancione la costumbre son del todo malas. Otras hay que son ruines, aunque la costumbre las haya hecho sufribles. Holgárame de que vuestra merced, como discreto, me aliviara la pena de declarar cuáles son unas y otras.

Quiero lisonjear a las mujeres. El uso de los guarda-infantes y cosas de esta manera, póngolas entre las que de sí no son ni malas ni buenas y la costumbre les da el ser o se lo quita. Yo vi andar con ellos a las francesas; entonces llamábanlos verdugadines y parecían muy bien con ellos. Después las vi sin ellos, y seguían pareciéndo-

me bien. Cuando estas cosas se usan, se estiman dignas, e indignas cuando caen en desuso. Tengo en mi librería un libro, hecho por Alonso de Carranza, contra las guedejas, de las que dice cosas abominables (1); y tengo otro, de Pedro Mesía, en que no cesa de llorar por ver a los hombres trasquilados. La razón de esto es que en tiempo de uno se usaban largos cabellos, y en el del otro las cabezas rapadas. Cosas son

---

(1) El libro de Alonso de Carranza que cita don Francisco Manuel titúlase *Rogación al Rey Don Felipe IV y a sus supremos Consejos de Justicia y Estado en detestación de los grandes abusos en los trajes e adornos nuevamente introducidos en España*. Madrid, 1636. Véase también a este respecto el libro de fray Tomás Ramón, publicado en Zaragoza el año 1635, *Nueva Prematica de Reformación contra los abusos de los afeytes, calzado, guedejas, guarda-infantes, lenguaje critico, monos, trajes y exceso en el uso del tabaco*, fundada en la Sagrada Escritura y en la doctrina de los Santos Padres, necesaria a todos los estados. Claro es que ni esos consejos del dominico, ni cuantos se vienen dando hasta la fecha, ni ordenaciones reales, ni pláticas de jesuitas, han servido para maldita la cosa. Muchas cosas se nos quitan a las mu-

estas que, ni siendo buenas ni malas, el uso las hace lo uno o lo otro.

En Flandes, y aún más en Alemania, es acto de galantería, amistad y buena ley beber los hombres hasta perder el juicio. Mas tal costumbre no puede desmentir el vicio que hay en ella, porque semejante demasía es de su natural injuriosa.

Los antiguos quebraban el ayuno con cualquier cosa que comiesen fuera de la hora de refacción. Vino luego

---

jeres; pero de componerse no lo han logrado aún fuerzas humanas. Demasiado se sabe que por escote de más o de menos no hay condenación para las que creen en embelecos; y a las que no comulgamos con ruedas de molino, ni infiernos de comedia de magia ni purgatorios de sermón de ánimas nos asustan. La verdad es que el catolicismo consigue muchas cosas, pero nunca las que puedan perturbar la coquetería, el afán de exhibición, o cualquiera de las que le son connaturales a las hijas de Eva. Lo que se quiera, menos estos pequeños sacrificios sobre materia tan baladí. Bien decía una amiga mía: «El catolicismo es la religión más cómoda *que han inventado los hombres*». ¡Y confesaba todos los meses por comodidad!—(*N. de la T.*)

otro uso, y como bueno quedó. Aquí juntamos a la colación de Navidad los menudos de Castilla, concesiones calificadas por inalterable consentimiento, y que por toleradas, ya ni como vicio se consideran (1).

He ahí los tres modos del poder de la costumbre. Mas dejémoslas con sus guarda-infantes, que ya ellas los arrumbarán en cuanto encuentren traje más airoso. Dejémoslas con sus visitas, romerías y jornadas, que aunque

---

(1) «La segunda cosa y más notable que hay en esta materia en Castilla, es comer manteca y menudillos el sábado, sin bula ninguna del Papa, más que costumbre y tolerancia inmemorial de los Sumos Pontífices, con que se justifican; y son los menudillos de un puerco, tocino, cabeza, pescuezo, lomos, pies, manos y rabo y todo, más lo de adentro; de suerte que decía un villano de Cantalapiedra que su vicario, para que no lo cansasen con escrúpulos en las confesiones, había declarado que comiesen todo el puerco. Y también comen la cabeza y el pescuezo de una ternera y de un buey, y los pies, riñones, criadillas, y así el día más regalado es el del sábado.» Thomé Pinheiro de Veiga, *Fastigimia,* pág. 351. Edic. de Oporto, de 1911.

no era bueno, ya el uso les comunicó privilegio. Sin embargo, juegos excesivos, banquetes descompuestos, las llegadas fuera de hora y las amistades con porfía, cosas son de las que no puede hacerse uso decente.

Conociendo que es malo, procúrele el marido pronto remedio antes que se apodere de la persona. Consiste en ociosidad y apetito; trátese de dar remedio a la ociosidad ocupándola en el honesto trabajo de la casa, y el apetito encaminándolo a otro mejor empleo, cual podría ser el de vivir en paz con el marido.

Oí yo decir a un príncipe hablándole una persona de respeto por un criado a quien aquel príncipe había reñido: «Dejadme estar en mi desgracia, que primero que lo castigase con ella le rogué mucho que me tomase por amigo entre los por que me dejó, y nunca

quiso sino dejarme por sus amigos».

Este requerimiento debe hacer el marido a la mujer, y cuando no lo atienda, otro mayor castigo merece.

Cosa agria es que la señora de la casa de todo sea amiga menos de su casa, como acontece a las que pierden la casa por no estar nunca en ella.

Dije que sería bueno ocupar a la mujer en el gobierno doméstico, y es bueno y necesario que así sea, no sólo para que ella viva ocupada, sino para que el marido tenga menos trabajo.

Cosas tan menudas no es bien que entretengan el pensamiento de ningún hombre, y son, en cambio, muy convenientes para la mujer. Pregunto: ¿no se reiría Vmd. si viera un elefante cargado con un grano de trigo en la trompa? Sí, por cierto, y luego loara a Dios si lo viese entre las patas de una hormiga. Por eso dice bien el refrán:

«Del hombre, la plaza; de la mujer, la casa». Los maridos que en todo quieren mandar son dignos de reprensión, igual que los que no quieren mandar en nada.

En fin, señor N.; queda asentado que el gasto ordinario conviene darlo a la mujer para contentarla, ocuparla y confiarla, que dándole esos cuidados pronto se desviara de otros.

Si lo hace con razón, ¿qué mayor ventura? Hará cuenta el marido que encontró un criado tan bueno como nadie, y tan fiel, que le sirve de gracia. Si lo hace regular, aún es un mal bien tolerable. ¡Cuánto mejor será que lo desaproveche la mujer y no un criado! Pues ella errará siempre contra su voluntad, o, por lo menos, con vergüenza, y el criado muy a su guisa y sin ningún pudor.

Las casas de las gentes ordinarias

suelen estar mejor gobernadas porque siguen esta regla: uno trae, otro aprovecha.

A la mujer ha de entregarse una tal porción de dinero que apenas exceda del gasto cotidiano, pues tengo por indubitable que a las mujeres no les conviene mucho caudal. Acostumbran a guardar sin orden las que sin orden reciben.

Dígale el marido que cuando necesite acuda a él, como a gaveta de contador, cuando le faltase dinero. Llévela por la vanidad del gran gobierno; muestre espantarse de lo mucho a que llega su industria. No se ve el buen sastre donde abunda el paño, ni el cochero que dirige bien en las calles largas. Si la mujer es buena, que al siguiente mes gaste un tercio menos.

Para que no sea molesto pedirle cuentas, déselas su marido de aquello

que gasta. Mostrarle confianza las obliga a que hagan lo mismo.

Estas cuentas de hacienda entre casados no sería yo partidario de que se ajustasen ni se llevasen a cabo; sea reconocimiento que la mujer haga al marido. Brota de aquí una gran conveniencia: la de que la mujer esté siempre como quien no es señora de lo mismo que posee. Igualmente, conviene que gaste con miedo y goce con temor, pero jamás sea despojada de lo que logra, porque entonces agradece lo que le dieron como lo que no le quitaron.

Ahora inventó la cautela otras cautelas contra esta buena política: ajustándose en los contratos de casamiento, especialmente entre personas poderosas, los alimentos que han de dar los maridos a las mujeres mientras dure el matrimonio. A quien lo prometió

así, aconséjole que cumpla; a quien no, que se abstenga.

No es a este propósito pequeño inconveniente el que se presenta en casamiento con hija heredera, las cuales pretenden con mayor razón ser señoras de lo que es suyo y tener en el gobierno de sus bienes mayor mano que sus maridos, por donde hubo no pocas discordias entre don Fernando y doña Isabel de Castilla. Cuando la mujer tal pretendiese, hágale saber el marido que quien es señor de la persona y de la vida, mejor puede serlo de la hacienda. ¿Quién que haga presente de un anillo de diamantes pedirá la cajita de velludo en que el anillo iba?

No hay para qué me detenga en el modo de vestirse; vístase conforme a la edad, mude con ella. Téngase en esto, con respecto a los hijos, presente la salud, el gusto, la ausencia o pre-

sencia del marido y su edad. Hasta los tres hijos y los veinticinco años permitese toda gala. Aun dentro de ese tiempo, tenga sus crecientes y sus menguantes; que en los mismos altares de Dios múdanse colores y adornos, y a las veces muéstranse tristes. Aborrezco las niñas muy adornadas de bordados y joyas, que parecen Fama de procesión o reinas moras de comedias. Confíen en su hermosura las hermosas, y repórtense las feas en su fealdad.

Decía un marido galante a su mujer, que era de las muy compuestas, que en viéndola de aquella manera le incitaba más a devoción que a cariño, porque andaba más revestida que vestida.

Otras hay que son una cazuela perenne, por lo que huelen. Muy conforme cosa con ellas es el olor; mujeres y

perfumes son humo. Y si fuesen bien adobados, por mí que oliesen cuanto quisieran. Confieso que nunca fuí desafecto a que casa y personas anduviesen bien concertadas, siempre que por concertarse no se desconcierten. Recuerdo haber oído y leído del emperador don Fernando el Segundo, padre del que hoy impera, si impera, que no quiso dormir en una cámara porque se la habían perfumado. Si fué achaque de natural repugnancia, es disculpable; si lo hizo por hombría, nada más impertinente. Hay quien suponga que fué por religión, porque dicen que don Fernando tenía para sí que los olores sólo a Dios eran debidos. De nuestro rey don Sebastián cuéntase también que era poco afecto a perfumes. No sé cómo es esto, pues yo siempre oí decir que todas las cosas buenas eran reales, y así, suponía que lo bueno había

de ser acepto a los reyes. La experiencia muestra algunas veces que esta regla no es infalible. Con todo, es señal de noble espíritu ser aficionado a las cosas buenas. No sé si para perfumes de mujeres son menester tantas filosofías; mas aunque virtud no sea, contentémonos con que no sea vicio.

Diré algo de los regalos, dulces y conservas; si bien esto, como más necesario por razón de salud, caridad y grandeza, que todo es menester, no debe faltar nunca, a menos que por atender a ellos se carezca de cosas necesarias.

Con todo, me parece conveniente cebar, digámoslo así, a las mujeres en estas curiosidades femeninas; que se precien de hacer la mejor mermelada, las buenas calderetas, los agasajos, labores exquisitas y cosas semejantes, que verdaderamente, la que en esto se

enfrasca no hace caso de ningún otro negocio, y esto me parece loable.

Debajo de la misma ley comprendo los adornos y utensilios de casa, juzgando excelente ocupación ésta para señoras de su casa; apláudasela el marido. Honran, alegran y sirven, y al cabo es tesoro que se hace para las hijas, y en que se gana más que en mandar encomiendas a Indias; porque para levantar el falso de una dote de tantos miles de cruzados, no hay repostero viejo ni tapiz que no valga el ciento por ciento.

Visitas que se hacen y reciben, es un abismo. Ya atrás toqué esto, mas no a mi voluntad. Mucho hay aquí que advertir, pero no todo es para papel y tinta. Por cierto que no dejaré de contarle lo que me refería un hombre no bien casado y muy discreto, que habiéndose quejado prolijamente de su

mujer, remató con esto: «¿Y ve vuestra merced todo esto? Pues lo que siento es que es muy bien quista». Y verdaderamente, muchas amigas es para dar cuidado.

Una cosa que antiguamente entre las amigas se llamaba búcaro de agua, pasó a ser merienda, y de merienda a banquete, y de banquete ascendió tanto, que ya no se le halla nombre, o al menos yo no se lo quiero dar. No sé que sea buena amistad andarse las amigas destruyéndose unas a otras, empeñando las casas con excesos, disgustando a los maridos con peticiones impertinentes de peligroso e imposible despacho. Si esta demasía se encamina a demostrar amor, ciertamente es indigna la amistad que tiene la gula por fin, y si se trata de ostentar grandeza, ¿para qué hacerlo por los medios del gasto desordenado?

Había adolecido un hidalgo de pena de verse empeñado sin propósito por los despropósitos de la mujer, que gastaba lo que no tenía; y como estando con grandes fiebres viese pasar un plato de cidrón, mole con que a pesar de la carestía servíase de ordinario su mujer en estos sus convites, dicen que dijo el doliente: «Dadme acá ese cidrón, que quiero comerlo todo». Requeríalo su mujer a que tal no hiciese, por ser el cidrón fuego para quien en aquel estado se hallaba. Respondió entonces: «Bien sé que es fuego, que bien abrasado me tiene; mas déjame ver si el cidrón tiene la virtud del can rabioso, cuyos cabellos, si se ponen en la mordedura que hacen, dicen que sana luego». Ni anduvo menos discreto un criado que, preguntándole cierta persona qué hacía su señor, porque lo quería ver, contestó agudamente: «Mi

amo no está visible, porque se lo está merendando la señora con unas amigas suyas».

Amoneste el marido a la mujer para que ni en su estrado ni en el ajeno apode a nadie y que no le interesen cuidados ajenos, ni si Fulano mira o Fulana pasea. Cosa impropia de una señora es que sepa de más que de su casa y lleve registro de pensamientos ajenos. Nunca a hombre de los que en el lugar viven loe o injurie, que en las mujeres este diverso efecto suele ir precedido de una propia causa.

De aquellos de que muy bien se dice, o de aquellos de quien se cuenta mucho mal, siempre hay algún misterio, y lo peor es que nunca me engañé en estas sentencias. Debe ser práctica de mujeres. Bien que se quejen de las criadas, y aun del despego de los maridos, pero sin levantarles falso testimonio.

Y porque sé que han de pedir mayor comarca para su conversación, me parece que podemos concederles que puedan extrañar el bien o mal hecho vestido que trae doña Fulana y las cintas con que lo adornó.

Vuelvo a las amigas y reparo mucho que, en nuestro buen portugués, de amigas a enemigas casi ni va diferencia. Soy tan ruin que creo que en el mundo han hecho mayor daño amigas que enemigas. Y así, acostumbro yo a decir que a los hombres pierden los enemigos y a las mujeres las amigas.

Supóngase que son las mejores, y éstas no tratadas con porfía; basta que lo sean sin artificio. Esta tal amistad pongo yo entre las especiales y de cumplimiento.

Trájonos Dios ahora un nuevo palacio y corte, y porque de la del tiempo pasado no nos recordamos los que

ahora vivimos, mal podremos gobernar estas acciones por aquellas antiguas. La corte portuguesa era bien frecuentada, bien galante y bien lucida, mas de mucho recogimiento.

Las idas al palacio son debidas, justas y buenas, pero deben ser contadas. Nacimientos de infantes, bodas, fiestas de entre año, achaques de príncipes, nuevas notables y poco más de esto. El ir solo no es elegante; sea la compañía siempre buena, mas no de persona mayor, salvo la primera vez, cuya autoridad provea al agasajo que cada cual desea hallar en la gracia de los reyes, en sus casas y en las de cualquier huésped.

Acontece que muchas mujeres comienzan a cobrar humos, vanamente, de ser bien vistas de reinas y princesas, a lo que sin fruto alguno se sigue grave inquietud. Y sucede que se dis-

culpan con eso para dorarle a los maridos cualquier ligereza, como dicen que hacen los negros de los mercaderes, que van por donde quieren, y si se encuentran a los amos de manos a boca, se disculpan diciendo que fueran a oir misa. Que muchas veces lo lícito es capa que cubre lo ilícito. Con achaque de que van a palacio gastan el tiempo en ociosidades, y la casa se desgobierna.

A la mujer bástale con que su reina la conozca. Y más en cuenta la tendrá viendo el buen seso con que procede las pocas veces que a verla va. El correo extraordinario a todos alboroza; el ordinario va y viene, sin que nadie le haga caso. En personas de fuera del servicio de los príncipes es costosa y arriesgada la pretensión de su favor. El servir a damas y reyes compárolo con el uso del limón y de la

naranja, que el limón quiere que lo aprieten mucho y entonces da mejor zumo, y a la naranja hay que exprimirla muy levemente, porque en apretándola amarga. Las damas desean ser asistidas; los reyes, vistos. Por eso alguien dijo que el fuego y los príncipes eran amigos antiguos, pues de lejos alumbran y de cerca queman.

Ser muy puntual en todas las fiestas cierto que es gran trabajo. Las iglesias que entre nosotros más se frecuentan nadie puede dudar que sea lícito acudir a ellas; mas no todo lo lícito es siempre conveniente. Désele confianza a la mujer para creer que puede ir a todas las fiestas; mas con amor y cortesía insinúesele que mejor es dejar de ir a la mayor parte.

De una que no se le escapaba festejo, decía alguien: «La señora Fulana pena en gloria». Porque verdaderamente

parece un nuevo género de purgatorio que no haya fiesta donde la mujer no quiera estar presente. Preguntaban a un casado dónde fuera su mujer a misa, y contestó: «Donde haya oído chirimías». Yo conocí en Castilla una titulada vieja y graciosa, y por extremo honrada, que cuando se metía en el coche y el cochero le preguntaba: «¿Adónde?», respondía: «Donde haya más gente».

Ya que voy detallando demasiado, aventuraréme un poco más y servirá para alegrar la melancolía que hasta aquí guardamos. Señor, no quiero perrillos muy agasajados, que tienen siempre nombres misteriosos. Ya me sucedió en una iglesia venirme a preguntar un paje, todo despavorido, si viera por allí el *Cuidado* de la señora doña Fulana, que andaba perdido, y preguntando cuál era el cuidado de

aquella señora, supe que se trataba de un gozquejo de aquel nombre. Papagayos, monitos, las más de las veces inducen a ligereza. Señor mío, los mineros, por las hierbas, por las flores, conocen qué tal oro hay en el interior y cuál no hay. Tanto pueden las señales exteriores.

Voy estando tan impertinente que ni pájaros voy a dejar. Ruiseñor de todo el año, que dicen luego que trae «saudades», ¿de qué sirve? ¿De qué sirven «saudades» estando el marido en casa? No convienen «saudades». Negrito o negrita a quien se digan requiebros; simplones que a las veces no lo son tanto vestidos de colores, que se llaman don Fulanos y entran y van por donde quieren, no deseo que penetren en casa de Vmd. Todo esto es reprensible y vale más no tenerlo a puertas.

Juro a Vmd. que toda la vida me enfadaron las damas de los libros de caballerías, porque siempre andaban acompañadas de leones, perros y enanos. Tan enemigo soy de estas sabandijas, que ni en libros mentirosos los sufro; vea Vmd. lo que me ocurrirá en la vida. Mas lo que es humor o capricho mío no es bien que se tome por ley general. Lo que advierto para quien tuviera otro mal gusto.

Los castellanos celebran mucho a las mujeres caseras. Verdaderamente las celebran tanto porque es gran novedad encontrar una mujer dedicada al gobierno de la casa. Con todo, oí de la reina doña Margarita de Austria, madre de don Felipe, que hoy reina, que bordaba ella y sus damas para vender, aplicando las ganancias a las monjas de la Encarnación. O como por mejor ejemplo dicen que hace hoy

mismo la reina nuestra señora, imitando a nuestras antiguas princesas, entre las que fué señalada la reina doña Catalina, tía de la serenísima reina nuestra señora, de quien se dice que andaba también en este honestísimo ejercicio, enriqueciendo a los monasterios pobres del reino, muchos de los que guardan todavía singulares adornos hechos por manos de aquella santa princesa. No cansa mi Margarita de Valois, reina que fué de Francia y de Navarra—llámola mía por la gran afección que a sus escritos tengo y porque fué, a mi juicio, la más discreta mujer de nuestro tiempo, cuyas acciones, de muchos calumniadas, espero defender pronto en mi *Teodosio*—no cansa, repito, esta entendidísima señora de encarecer lo bien que le pareció ver desabotonarse a la condesa de Lalaim, estando en la mesa con la

propia reina, para dar de mamar a su hijito, que a sus pechos criaba. Elogia la francesa grandemente aquella acción casera de la condesa, y dice: «Nunca tuve envidia a acción de mujer como a aquélla» (1).

Hay unas mujeres ídolos, que o son inutilísimas o se precian de serlo, y les parece que nacieron para ser adora-

---

(1) Hubo, dice Prestage, negociaciones para casar a Margarita de Valois con el rey don Sebastián, que se malograron por la oposición que en principio hizo Felipe II. «Le roy d'Espagne, que ne veut que les siens s'allient hors de sa maison, rompit tout le mariage du roy de Portugal», dice ella con melancolia. *Mémoires de Marguerite de Valois*, pág. 407 del tomo X de la *Nouvelle collection des Mémoires relatifs a l'histoire de France*. París, 1854. Véase también Alfonso Danvila, *Vida de D. Cristóbal de Moura*, cap. VI. Madrid, 1900, y el Conde de San Mamede, *D. Sebastien et Filippe II, Exposé des négociations entameés en vue du mariage du Roy de Portugal avec Marguerite de Valois*. París, año 1884.

Margarita de Valois hospedóse en 1577 en casa de los hidalgos flamencos conde y condesa de Lalaing — María de Ligne — en Mons, de donde el conde era gobernador, y fué en esta ocasión cuando aconteció el incidente a que se hace alusión en el texto. Véase la pág. 428 de las citadas *Mémoires*.

das. Me conformo con que no hagan más que un servicio en sus casas y sea éste: sirva la mujer de señora de su casa, que asaz hará si esto lo hace bien.

¿Cómo lo tomará Vmd. si digo mal de las varoniles, mas con razón? Si tuviera por cierto que el gran corazón de la mujer se hubiese de ocupar bien; mas en la duda, desmayénse viendo un ratón, tengan miedo de una espada desnuda, y una tempestad sea para ellas el día del Juicio. Criólas Dios flacas, sean flacas. ¡Ojalá hagan lo que de obligación tienen! Yo no les pido más.

Bien sé que de esta vez quedaré mal con todas. No quisiera dar reglas; pero puesto que las di de amor, que es negocio del todo libre, bien puedo darlas para entenderlo.

Por fuerza he de extrañar un dicho de aquel tan nombrado obispo don Al-

fonso, que expresaba: «La mujer que más sabe, apenas si sabe arreglar un arca»; ni de el otro que afirmaba: «Que la más sabida mujer sabía como dos mujeres».

Soy de muy distinta opinión y creo en que hay muchas de gran juicio. Vi y traté algunas en España y fuera de ella (1). Pero su agilidad en la percepción y hasta en discurrir pienso que es preciso temperarla con cautela.

A este su juicio no puede ponérsele ley alguna; a los ejercicios, sí. Tal que si a un hombre se le diese una navaja

---

(1) El señor don Francisco Manuel es de muy distinta opinión; pero lo disimula tanto, que a poco andar recorta a las mujeres de talento su expansión de modo que no puedan manifestarlo. Por lo demás, lo que haya dicho ese obispete nos tiene muy descuidadas. Al fin y al cabo, los clérigos están en su papel repitiendo todas las majaderías que a los Santos Padres plugo atribuirnos—de puerta del abismo para arriba—. Lo indignante es que las mujeres continúen de corifeas de una Iglesia que así las trata. Aún hay en la catedral de Palencia un cartelito en el altar mayor prohibiendo,

de finísimo acero para que cometiera un hecho ruin; mas estando en tosco, quien le escondiese la piedra en que la quería afilar, hiciera como quien se la quitaba de la mano y excusase el maleficio. Así, pues, no es lícito privar a las mujeres del sutilísimo metal del entendimiento con que las forjó la Naturaleza; podemos, sí, desviarles de las ocasiones de que lo aguzen en su peligro y en nuestro daño. Hagamos, señor N., lo que podamos.

En los cuidados y empleos de los hombres no se metan las mujeres fia-

---

bajo pena de excomunión mayor, que las mujeres asistan a los oficios divinos en aquel lugar. Claro es que esa no es la tradición evangélica; pero ¿quién adivina a Cristo bajo el aluvión sacerdotal? En Cristo estamos todos hasta tanto que haya una doctrina que a la suya supere; ¿pero qué tiene que hacer el Salvador con la Iglesia actual? Nada. En ninguna parte se está más lejos de Cristo que en las iglesias que hoy edifican. Y si en las catedrales sucede otra cosa es por el perpetuo milagro que el Arte opera en... los espíritus escogidos.—*(N. de la T.)*

das en que también como nosotros tienen entendimiento y en que el alma no es macho ni hembra, como alguna en su favor alegaba. Pero sepan los maridos que ni por esta tacha que les pongo es justo que la mujer sesuda deje de dar a su marido modestamente su parecer, ni en cierto modo deja de ser obligado pedirlo.

No cuide Vmd. de la contradicción. Sea la mujer como manecilla de reloj, y el hombre el reloj entero. Apunte ella y suene él. Uno muestre, otro resuelva, que andando el reloj tan correctamente todos creerán en él como en un oráculo. No se concierta a sí mismo pero hace andar a todos concertados. Y si se desconcierta, todos con él.

¡Oh, cómo gozo de ver a una mujer ignorar todo lo que no es razón que sepa, aunque verdaderamente lo sepa!

Encuentro muy bueno que se equivoquen en no pocas cosas que deben desconocer.

Entienda la mujer como mujer. Pues comencé con adagios, con ellos tengo que acabar. Oí un día caminando, y nada menos que a un chapado recobero, que Dios le guardase de mula que hace *him* y de mujer que sabe latín. La risa con que le oí la sentencia me hace ahora acordar de ella y espero no se juzgue indecorosa. El negocio no está en que el latín dañe sino en los saberetes que vienen envueltos en aquel saber.

Ya que estoy al fuego y Vmd. oyéndome y perdonándome, allá va otra no peor historia. Confesaba una buena mujer con un fraile viejote y malhumorado, y como ella comenzara a decir en latín la confesión, preguntóle el confesor: «¿Sabéis latín?» Díjole: «Pa-

dre, criéme en monasterio». Volvióle a preguntar: «¿Qué estado tenéis?» Respondióle: «Casada». A lo que retrucó: «¿Dónde está vuestro marido?» «En la India, padre.» Entonces, agudamente comentó el viejo: «¡Latín, criada en monasterio y con marido en Indias! Márchese, hermana, y venga por acá otro día, que es fuerza que tenga mucho que contarme y yo ahora estoy muy de prisa».

Tomara que las mujeres no supieran de guerras ni estados. Enfádanme las que se meten en elecciones de gobiernos, practicar desafíos y mover demandas; otras que se precian de entender de versos, sácanle bocados a lenguas ajenas, tratan cuestiones de amor y gentileza, preparan preguntas para gentes discretas, traen memorial de motes dificultosos; unas que dan significación a las hierbas, otras que

adivinan los colores, otras que examinan doctrinas, aquestotras que hablan por circunloquios o alaban fuera de sazón. Fuera todo esto que parece ficción. No me tenga por maldiciente. Vale más por prolijo.

Pedía una dama a un su hermano, hombre discreto, que le diese una letra para cierta empresa que quería mandar burilar en un sello; y aquél respondióle: «Dejar las empresas, hermana, para las adargas de los caballeros andantes, y cuidad de irle preparando a vuestro marido futuro moldes para hacer buñuelos».

Hablar siempre es malo; en lugares indecentes, peor. Acontece que muchas que se precian de discretas responden alto en las iglesias para que las oigan y aplaudan; entiéndense con las amigas que quedan lejos, a fin de ser oídas. Tampoco me parecen muy allá cosas

como el suspirar alto, rezar desentonado, hacer gestos con la cabeza, como quien aprueba o desaprueba, y acompasar la música.

Hable la mujer discreta lo necesario y con tono suficiente a ser oída de las personas a quien habla y no de las otras. Comparó bien una persona a las mujeres con las campanas, que por la voz se les conoce si están sanas o quebradas. Excuso mostrar cómo las palabras informan el ánimo; pues así como por el correo que viene de tal parte sabemos las nuevas que allí ocurren, así por las palabras que vienen del juicio sabemos lo que por allá anda.

Ya sé que ellas me tendrán por sospechoso, pues hasta los movimientos les he de medir. Una de las cosas más terribles de la mujer es usar meneos descompuestos. Sé que no todas pue-

den ser airosas; pero graves si lo pueden ser. Hace fuerte daño una palabra que se nos pegó de Castilla, *despejo*, de que muchas se precian; mas en portugués *despejo* significa descompostura. Y es el despejo claramente cosa ruin, ya que el pejo, pudor, era cosa buena. Tan importante es, señor, cuidar de estas exteriorizaciones como es hermoso un buen frontis en un notable edificio para que por notable se tenga.

De la risa, ¿qué diremos? Si tienen buenos dientes y hoyuelos en las mejillas al reir, mujer hay que se reirá en un sermón de Viernes Santo como si fuera Pascua, sólo por mostrar aquel tesoro. No lo dice ni Sócrates ni Séneca; pero lo dicen las viejas, y es gran verdad: «Mucha risa, poco seso».

Lejos de mí persuadir a la mujer à que sea melancólica, porque el triste

induce a desagrado. Alégrese y ríase en casa ante su marido y sus hijos. Deje en casa la gracia como la sierpe, que al ir a beber vomita la ponzoña y vuelve a recogerla.

Quedo aún con escrúpulo por las letradas. El mejor libro son: almohadilla y bastidor. Estas que andan leyendo a toda hora comedias y saben de corrido romances de ellas y los dicen entonadamente, no me pasan. Otras muérense por novelas y libros de caballería. Aquí es más peligrosa la afición que el uso. Puede permitírseles este desenfado; pero sea con cautela, pues más debe temerse en ellos la semejanza de los pensamientos que la variedad de la lección.

No quisiera que nadie gustase sino de aquello por que justamente tuviera gusto.

Contaré a Vmd. una cosa de que a

mi pesar me acuerdo. Caminaba por España, y entrando en una posada bien lleno de nieve no encontraba medio de que la huéspeda y sus hijas, que eran dos, me abriesen un aposento en que recogerme, y cuanto más porfiaba más tercas estaban ellas, y era que no querían levantarse por no interrumpir una cierta novela, cuya historia iba harto gustosa y enredada. Y tal era el éxtasis con que la oían, que ni amenazando con marchar a otra posada quisieron desistir del ejercicio, antes me convidaban a que oyese yo también los lindos requiebros que Cardenio dirigía a Estefania, que todo esto rezaba la buena novela. En fin, que me fuí a que me aposentaran en otra parte, y volviendo yo de ahí a poco por el lugar pregunté por la curiosa lectora y por sus oyentes, y contáronme que las novelas fueran tan adelante, que cada

una de las hijas de la posadera había huído con su mancebo, como buenas aprendizas de la doctrina que tan a satisfacción estudiaran (1).

Acabamos de entrar en la santimonía, o por mejor decir, en la beatería. Voy cansando a Vmd.; quisiera pasar volando por acá, mas puede que no pueda. La materia es de las más importantes: procure Vmd. oirme con atención, aunque se esfuerce.

Muchas personas de gran porte y natural excelente, a título de virtud

---

(1) ¡Qué fuera de casi toda nuestra literatura del XVI y del XVII sin esas simpatiquísimas hijas de posaderas que leen y realizan lo leído marchando en pos de la idealización de una vida cotidiana que no deja en el alma más de un rumor monótono! ¡Cómo hubieran templado nuestros picarescos la bronquedad de sus descripciones sin estas historias que las venteritas arriscadas les daban ya hechas para endulzar la fatiga del camino y suavizar la aspérrima vida española! ¡Oh, mesoneritas en este libro vilipendiadas, valéis más que todas las sentencias graves de este don Francisco, porque fuisteis en aquella edad de bajas realida-

hemos visto caer en vida desordenada. Nuestro enemigo el demonio, hácese con nosotros como el hombre que en un camino busca a otro y lo ve venir y lo espera, y si ve que se desvía aprieta el paso y le da alcance. A las personas que viven mal, ni caso les hace; ya sabe que no han de dejar aquel camino: es contra los que viven bien contra los que se lanza más ligero.

La reforma de las costumbres, cosa es bonísima. Tiene también para las casadas su límite, de modo que por

---

des y de abominable decadencia ese soplo de poesía que ennoblece la vida y coloca fuera de ella esencias eternas, que valen más que ella misma! ¡Admiradoras de Estefania y Cardenio en lo más retirado de España, en una venta donde gruñia el ama, robaba el ventero, se desplumaban jugando a dados los viandantes, mentía hazañas el soldado, religión el fraile mendicante, capitales el perulero, doncellez la moza de casa llana que pasaba para Indias, ciencia el estudiante alcalaino, justicia el cuadrillero, cebada el mozo de mulas y soluciones el arbitrista; vosotas erais la única realidad que no muere: la poesía!—(*N. de la T.*)

darse a buenos ejercicios desamparen la obligación de su estado, en el que dejó Dios virtud y santidad bastante para salvarse.

Andan por el mundo unas mujeres y unos hombres que hacen profesión de ser maestros de virtud, cuando verdaderamente no son ni discípulos. A este fin arrebatan los ánimos simplicísimos y piadosos de las señoras y gentes principales, a quienes guían tan mal cual nos lo muestran mil ejemplos.

Conviene que la casada tenga su confesor y éste sea persona grave y conocida y de aquellas religiones que más florezcan en el lugar en que viven. Muchas señoras de gran estado vi confesar con los curas y párrocos de sus feligresías, que cuando ellos sean doctos y sesudos es laudable costumbre. Mas como en la elección de

confesor puede haber desacierto, no fíe de su juicio cosa tan importante.

Tengan las señoras piedad y compasión de los pobres y de los afligidos. Mas inclinación por beatas y beatos extravagantes no aplaudo. Señor N., criadas de convento que no sean conocidas, viejas alumbradas, profesoras de novedades, que traen devociones de tantos días, con tantas candelas y de tal color porque luego Dios les muestra lo que ha de ser, requiero a vuestra merced a que tal cosa no admita.

Galantemente lo advirtió nuestro Sá en sus *Villalpandos,* espejo de gracia y de cortesanía, cuando la vieja que enseñaba a la matrona mandase nueve mozas en romería con velas de cera virgen para ablandar la condición del hijo travieso, vuelve a recordar la vieja aquel tan extremado decir: «Oid, señora: la cera de las velas conviene

que sea virgen, que las mozas, unas lo serán y otras no».

Unas hay, que llaman madres, que se precian de decir las cosas en secreto; si se casará, si tendrá hijos, si el marido será gobernador de tal parte, si quedarán viudas pronto; van a San Andrés, afirman que el alma del pariente no estuvo más que tres días en el Purgatorio. Guardaos de esto como del propio Infierno.

Veo que ya me están preguntando: «¿Cómo tratarán a los frailes?» Responderé con la respuesta de un cortesano, y con un consejo aconsejaré. Decía aquél: «Mirad, yo soy amicísimo de los frailes; si no son buenos, no quiero darles ocasión en mi casa a que sean peores, y si son buenos, no les quiero dar motivo para que dejen de serlo; de suerte que los amo, pero los evito».

Otro, más escrupuloso, decía que en

cuatro sitios le parecían bien los religiosos: altar, púlpito, confesionario; y preguntándole cuál fuese el cuarto lugar, respondió: «pintados».

Lícito es que el pariente religioso vea en la mujer de su pariente a su parienta, que visite la casa, acuda a las alegrías alegrando y a las tristezas consolando; componga, en fin, las discordias, si las hubiese, entre casados. Que lo mismo haga el prelado; pero asista el marido con su autoridad a estas visitas, y así la plática es más general y la visita más solemne.

Enfádame ver hombres que en cuanto llega el fraile encamínanlo a doña Fulana por verse libres de impertinencias y petitorios, y se lo lanzan a la pobre mujer, como quien lanza odre vacío a toro para que se desbrave.

Por otra parte, ser descortés con los religiosos es estar como potro espan-

tadizo, teniendo miedo de cualquier arista que vuela por el aire. La mujer desconfía viendo lo poco que de ella fían, escandalízase la casa y el dueño se afrenta, y nada queda mejorado.

Finalmente, reducirá la mujer sus beaterías a ser muy amiga y temerosa de Dios y estudiando las obligaciones de su estado; oiga misa en su oratorio entre semana, y vaya, si quiere, el domingo a la iglesia, que nadie se lo reprochará. Vaya, pero no a las de mayor concurso. Los días de fiesta acompañaráse de parienta o amiga, irá tempranito y no entrará a la iglesia con estruendo, que no va a una batalla, destrozando y atropellando al pueblo, que se queja y murmura. Maña es esta de algunas señoras, y no por cierto buena. No sea la última que salga ni la primera.

Tengo también que decir algo a las

que comen en la iglesia para quedar hasta tarde; a otras que sin propósito se levantan y arrodillan mil veces por hora; mas no apretemos tanto; quede sabido.

El uso de penitencias, para quien las usa es saludable. En la mujer que las aprende deben moderarse. Hay casados que desvían a sus esposas de tan noble sacrificio, sin pensar que quien ama a la persona debe amar su espíritu. La mujer dignísima que se mortifica, désele licencia para que prosiga. Lo contrario es amor a la gentilidad.

Dudo de que sea buena la amistad entre casadas con monjas. Podía ser más o menos tolerable, según fuese más o menos frecuente. Por cosa señoril tengo que haya buena amistad con una religiosa, que las más de ellas son santas o discretas, personas, en fin, dignas de estima; mas siempre que

el asunto no llegue a impertinentes amores, escritos de cada hora, presentes y viajes de todo el año. Lo demás puede ser permitido, y que la casada mande a la monja sus presentes por fiestas, o la vea alguna vez.

Lo mismo a su confesor o prelado conocido de convento reformado. Hace Dios a los ricos tesoreros de los pobres, y así es razón que se dejen usar de ellos como de acreedores suyos.

Nada más tengo que decir, salvo dar un aviso, y es el de advertir a las señoras, en obediencia a sus maridos, no admitan participar en fiestas que no puedan llevar a cabo, que a veces por no excusarse lo hacen y después tienen que sufrir harta mayor vergüenza negándose, o bien haciéndolas mal.

Ande la mujer toda vestida por casa,

y jamás la vean los criados en hábito poco decente. Como para ella no es bien que haya otro mundo que su marido, crea que así conviene aparecer ante su marido, como si ante el mundo se presentara.

Estoy hasta la coronilla de unas capitas, que no sé de dónde vinieron, porque no recuerdo haberlas visto en parte alguna. Sean o no sean de otra nación, no me parece traje ni autorizado ni decente, y tan vulgar que sólo eso bastaría a proscribirlo, pudiendo con más razón decirse de las capitas lo que de las guitarras decía un quisquilloso: que siendo excelente instrumento, bastaba que lo supieran tañer negros y pícaros para que ningún honrado lo pusiera sobre las piernas.

Llega a tanto el impudor, que en este traje se aceptan visitas, y cosa es que debe evitarse, por ser tan poco airoso

para quien recibe como para quien es recibido (1). Ambas personas se desestiman, pues que se muestran sin compostura. A lo que muy bien aludía un cortesano que, habiendo sido invitado por un amigo y de él mal agasajado, dijo: «No pensé que éramos tan amigos».

Hay hombres fáciles en mostrar su mujer a los amigos. Y supuesto que esta costumbre sea indicio de simplicidad y usada entre los extranjeros, aún no está el mundo para que uno solo quiera ser inocente, ni entre los que acostumbran a tal práctica deja de

(1) No sé por qué tanto asombro por ese capisayo a que alude. Porque *capinha*, no otra cosa quiere decir que capita, y la verdad es que no vale la pena alarmarse tanto con ropa tan honesta. ¡Imagínese todo lo que podría decirse hoy de los trajes de recepción, baile o comida de noche! A pesar de lo que hay actualmente más moralidad privada que en los tiempos a que se refiere don Francisco Manuel. Aunque no lo crean los censores que no han visto *Casa con dos puertas*, pongo por comedia moral.—(*N. de la T.*)

haber casos que debieran inducirlos a mudar de costumbre.

Convidaba, era en España, un señor principal y bien casado a unos amigos suyos de alta condición; quiso que vieran a su mujer; ella se excusó, mas al cabo la vieron. Después, a la mesa, quiso el marido que ella también comiese y honrase a los huéspedes; retiróse, y siendo muy apretada con recados, respondió: «Decid al duque que si me hizo vajilla, no me hará vianda». Mostrando con agudeza castellana que, si como vajilla la había enseñado, no se allanaba a servir de manjar.

A que el señor lleve invitado a su casa al pariente, amigo, ministro, prelado, hombre docto y principalmente hombre bueno, no me opongo. Es cosa honrada y que hace a los hombres bien quistos. No debe evitarlo la mujer, antes honrar a su marido disponiéndolo

todo con concierto, porque los corazones nobles más se satisfacen viendo que se ama lo que ellos aman, que ser por ellos mismos amados.

Algo he de decir de las que se precian de matronas que quieren ser señoras de sus casas. Se las dan de muy honradas, sabedoras e ilustres, y tan buena maña se dan, que consiguen ser tenidas por tales cuando tropiezan con maridos buenos, simples o divertidos.

Vigile en los comienzos quien tales pensamientos adivine, y váyales a la mano, si no quiere convertirse en siervo. Decía uno de éstos a su mujer: «Señora, voy a llevaros a casa de vuestro padre para pedirle en justicia que me dé esposa»; y preguntándole ella por qué, respondió él: «Porque vos no sois mi mujer, sino mi marido».

Decíame a mí un discreto que dejar

de que las mujeres mandasen a sus maridos era imposible; que el toque estaba en hacer que esto fuera lo más tarde posible. A mí me alegrara que nunca fuesen, y que esas matronerías se excusasen.

Deseé mandar una cadena de oro a una casada, que estando lloviendo y ella para ir fuera, cuando ya se mojaba muy bien y se lo advertían los criados, llamó a un paje y le dijo: «Dile a tu señor que me mande a decir si llueve, porque no me fío de éstos ni de mí, y excusaré salir». ¡Oh, qué discretísima ignorancia! ¡Oh, qué invención de obediencia tan fina y sutilísima!

Parece, señor N., que nos vamos olvidando de las cosas picantes, que dan más contentamiento y son salsa de las otras, y, a la verdad, no menos necesarias.

Todavía no hablé del tráfago de la

casa. Cosa es esta que requiere mucho tiento. Ni mucho servicio, ni muchas puertas. Las casas de los reyes tienen infinitos guardas y porteros; con esto se defienden de inconvenientes, como quien pone vidrios en muro bajo.

Las casas de los hidalgos particulares que no puedan tener porteros y porterías, necesitan de algunos criados fieles y ancianos, a quien sus amos constituyan en vigías y centinelas de su decoro. Mas no descargue en ellos todo el cuidado el marido, pues asi como en la guerra (y esto lo veo yo aquí en la Torre Vieja) se acostumbra a poner soldados de avanzada y ni con eso se conforma la disciplina militar, sino que manda rondas y más rondas, y después oficiales, a ver y vigilar lo que hacen y lo que vigilan los soldados que vigilan, así, ni más ni menos, debe el señor de la casa rondar y vigi-

lar a los criados a quienes entregó el cuidado de su honra.

Negras y mulatas que salen fuera, no se tengan. Suelen ser muy fecundas y llenan la casa de tantas manchas como de ellas nacen. Negritos y mulaticos son los mismos diablos, ladinos y chocarreros, que por castañas traen y llevan recados a las mozas y son de ellas favorecidos. Gitanas, ermitañas, ropavejeras, mujeres que venden chucherías, otras que traen dulces y los dan más barato de lo que valen, todo ello es pésimo. Ponzoña y desvergüenza. Lavanderas y ramilleteras, que en un instante arman cuentas mostrándoles a las criadas que no pueden vivir sin ellas, son gente excusada. Bufones, y más los de los príncipes, que tienen por costumbre el atrevimiento y remedan animales y gente, son ponzoña refinadísima, y aún son peores unas mu-

jeres que venden dijes, aguas para el rostro, quitan el paño, alinean las cejas, limpian la cara con vidrio; hombres que venden hilos, mujeres que piden para una misa o para amparar una huérfana.

Todo esto, señor, es una casta de gente que hierve alrededor de las casas grandes como pez que anda al abrigo de la roca. Apártanse con dificultad y súfrense con peligro. Su estorbo requiere tanta fuerza como industria, pues la mayor parte no se cuida sino de engañar, robar, mentir, dar nuevas, y a las veces llevar torpes mensajes y traer otros, con daño y descrédito de las casas que las consienten, y que no sea la de vuestra merced.

Tenía un hombre principal su hija enferma y guardábala mucho. Había quien de ella andaba enamorado. Es-

cribíale, mandándole la carta dentro de un ramillete. Venía una ermitaña, hablaba con el padre y dábale el ramo de parte de tal santa; llevábalo él mismo con gusto, y era el propio corredor de su hija, sirviéndole el veneno que envolvía el ramillete. Por este y por otros muchos casos podría decirse lo del romance: «El áspid anda en las flores; ¡alerta, alerta, zagales!»; tomado de aquel adagio latino, que entre las hierbas mimosas latía el áspid venenoso (1).

Acostumbran algunos hombres de suerte a introducir a sus mujeres en sus pretensiones, viendo cuántos grandes negocios se acabaron por ellas.

---

(1) Lo que recuerda nuestro Sellés en *El nudo gordiano:*

¡Profundo río de cieno,
bajo cuánta flor corrías...!

(*N. de la T.*

Pocos son, sin embargo, los casos en que me parezca lícito quedar el hombre paseando y la mujer abogando por él. La prisión del marido, la honra de su casa, el riesgo de muerte del hijo, estas y no otras cosas harán lícita la diligencia, peligrosa siempre, y no siempre provechosa.

Un cierto gran ministro acostumbraba a dar audiencia a las señoras, fuera de su casa, en un lugar tan decente, que parecía demasiado retirado. Llevaron allí dos hidalgos a sus mujeres para semejante negociación, y dejándolas, se salieron luego. Vieron esto otros dos, y dijo uno a otro: «Por cierto, que Fulano y Mengano no hicieron bien en salirse, porque estando allí, autorizaban el negocio». Respondió el otro: «Reíos de eso; esos dos no quieren autorizar el negocio, quieren hacerlo».

Nunca será bastante alabada la sentencia tan repetida del discretísimo conde de Vimioso: «Quien pierde la honra en el negocio, pierde la honra y el negocio» (1).

(1) *Sentenças de don Francisco de Portugal, primero conde de Vimioso,* pág. 21. Coimbra, 1905. Don Francisco de Portugal fué hijo de don Alfonso de Portugal, obispo de Évora, habido, siendo aún seglar, de una moza hidalga y soltera. Hizolo conde don Manuel I. Damián de Goes dice de él en su *Chronica do Principe D. Joao,* cap. XVII: «Con razón podemos llamarlo Catón Censorino, porque tal vivió en saber y prudencia»; y don Antonio de Ataide, en carta que precede a la adición de las *Sentenças,* declara: «que el autor rindió en la guerra a los enemigos con esfuerzo, y en la paz a los competidores con entendimiento, y en la corte a los galantes con estilo. En fin, nació con poca hacienda..., mas de tal modo sirvió a los reyes don Manuel y don Juan III, reyes y tíos, que mereció que le igualaran el estado con la sangre». Tipo de caballero *sans peur et sans reproche.* Ocupó don Francisco altos cargos políticos y militares. Por ejemplo, acompañó a don Manuel cuando éste fué a Castilla para ser jurado príncipe de aquel reino, y formó en la comitiva de doña Isabel, hija de don Manuel, cuando fué a Alemania a casar con el emperador Carlos V. Militó en Arzila en 1509, y estuvo en la toma de Azamor en 1512. Este gran palaciano y gran cristiano murió en 1549, siendo enterrado en la capilla mayor del Convento de la Gracia, en Évora. (Todas las notas sin indicación especial son de Prestage.)

Señor, ningún prudente pretenda mejorar con riesgo. ¿Qué ha de ganar con vivir quien de antemano entra perdiendo? Los buenos mercaderes aseguran las encomiendas de mayor valía.

Sea la mujer honrada, como dicen que es el Cuerpo Santo, que no se aparece sino en las grandes tempestades y siempre para remedio de ellas (1). Acuda a los males de su casa y a los trabajos de su marido y de sus hijos.

---

(1) El Cuerpo Santo de los cristianos (semejante al Castor y Pollux de los romanos) está descrito por Camoes en las *Lusiadas,* canto V, estro. 18.

Vi claramente visto o lume vivo
que a maritima gente tem por santo
en tempo de tormenta e vento esquivo
de tempestade oscura e triste pranto.

Del dominicano San Pedro González, cuenta fray Luis de Sousa: «Predicaba un día junto a Bayona de Galicia, y en el campo, por ser mucha la gente; comenzó a entoldarse el cielo de nubes gruesas y negras, seguidas de truenos y relámpagos, señales manifiestas de lluvia y tempestad. Inquietóse el auditorio, levantáronse muchos, paró el predicador en lo que iba diciendo, pidióles a las gentes que no se alterasen de

Procure salvarlo y salvarles. Sea instrumento al remedio de la necesidad, no al logro del interés.

Obliguen las casadas a sus maridos a contarles todo cuanto oigan y sepan que pasa por el lugar, que los hombres secos tienen medio camino andado para ser aborrecibles, y los habladores todo el camino andado para ser despreciados. Debe elegirse un buen me-

---

lo que veían, porque les afirmaba que el Señor, a quien cielos y tierra obedecen, transformaría todo aquello en apacible bonanza, y no caería gota de agua. Luego extendió el brazo para la parte por donde más nubes había, y así como lo levantó, dividiéronse las nubes en dos escuadrones, y dejando en medio el cielo claro y sereno fueran engrosando hacia los lados, y a la vista, comenzando a deshacerse en agua y piedra, con gran bombardeo de truenos y rayos, que eran como espectáculo lejano, y era materia para loar a Dios en su Santo. Fué este milagro muy hablado, y de andar muy en boca entre la gente de aquellos lugares, debe venir que los mareantes se encomienden a San Pedro González cuando en las tormentas se hallan apretados, y son notables las maravillas que obra entre quienes con fervor lo invocan». *Historia de Santo Domingo,* parte 1.ª, lib. IV, cap. XXIV. Y más adelante: «Leemos en San Antonino, en la vida que de este Santo escribió

dio, de suerte que su marido nunca la tenga en poca cuenta y aprendan el refrán: «Quien bien me quiere, díceme lo que sabe y dame lo que tiene».

Guárdese el discreto de contar a su mujer historias pasadas de amores y mocedad. Causan así dos males: dar a entender la flaqueza de su natural y cómo hay mujeres por el mundo que se dejan engañar fácilmente.

---

que ciertos marineros, viéndose en el mar asaltados de temporal tan fuerte que destrozada la nao y quebrados los mástiles esperaban ser devorados por las ondas, acudieron con eficacia a los merecimientos de San Pedro González, e invocándolo, se les apareció clara y visiblemente que allí lo tenían, y que no perdiesen el ánimo, y luego abonanzó el tiempo. Y porque no quedara en el navío cosa con que gobernarse, el Santo se hizo piloto y los llevó a lugar abrigado». Ibid., capítulo XXVIII. «San Pedro González, en siendo llamado, acude luego con luz... y no hay hombre que pueda decir que después de visto el santo farol haya naufragado. Es la luz como de una vela, que no toma lugar cierto en la nao; ora aparece en los mástiles, ora en las gavias, ya en las antenas, y a veces sobre los lugares más bajos del navío; mas de ordinario no se ven sino en trances apurados. En cuanto aparece, todos los que van en la nave le dan gracias con gran algazara».

Por ningún concepto se le sirva el plato de la liviandad ajena, y de lo que sea público y notorio y no pueda negarse, disculpénse del modo más discreto. Muestre siempre horror a sucesos tales y cargue siempre la culpa al marido disculpando a la mujer, dando a entender que aquel que sea buen marido tendrá siempre mujer honesta, que es lo que siempre sucede y de la suya espera.

«¡Sálvanos, Cuerpo Santo!» Porque en el lenguaje de los mareantes portugueses, por este nombre de Cuerpo Santo es conocido San Pedro González, y con este título se le han dedicado algunas iglesias y capillas, altares y cofradías». Ibid., cap. XXIX. «Y lo que excede todo encarecimiento de lo mucho que el Santo vale para con Dios, y nos prueba con evidencia palpable ser estas luces milagrosas y sobre naturaleza, es que después de pasada la tempestad y desaparecidas, quedan muchas veces señales y reliquias de cera que arden encima de las gavias y en otras partes durante el peligro. Y conocemos en Lisboa un piloto, de la carrera de la India, quien con veneración y devoción mostraba un gorrete, bien señalado de gotas de cera, que afirmaba recibiera teniéndolo en la mano, cuando en medio de una tempestad caian de la luz santa, que en en lo alto se apareciera.» Ibid., cap. XXIX.

Sucede a veces que casadas de mucha honra acompañan a mujeres de no tan limpia fama. Hágase con tiento, cuando no se excuse del todo. La reputación es espejo cristalino: cualquier vaho la empaña. Algunas, cuanto más seguras están de sus procedimientos tanto más se aventuran en esos tratos. Pero el vulgo, siempre ciego, no sabe distinguir, o no quiere, lo bueno de lo malo. Las más veces, quien tira no da donde tira; pero cerca le anda. Así los maldicientes acusan a las personas y nunca dan en la persona.

Me causa asombro que una gota de tinta que caiga en una redoma de agua clarísima basta y sobra para ponerla turbia, y que para aclarar y dejar limpia una redoma de tinta no basta una pipa de agua clara. Así acostumbra a ser la buena y la mala fama, que la

muy buena no puede acabar de purificar a la ruin, y la ruin luego empece la buena.

Contáronme de un marido que con excelente destreza instaba de continuo a su mujer para que anduviese con Fulana y Mengana que a él satisfacían, pues así quedaba con autoridad para que no se viera con Zutana y Perengana, que le desplacían.

Alabar ante la mujer la belleza de otras, tienen, las más de ellas por descortesía, mas como en ello no hubiera exceso, ha de sufrirse.

Un hidalgo, platicando con su mujer, exageraba por extremo la hermosura y partes de otra mujer. Sufrió la propia cuanto pudo, y viendo la demasía díjole: «No quisiera más, para vengarme de los achares que con Fulana me das, que verla casada contigo, para que nada de eso os pareciera, y para

ver cómo ella se producía oyendo que me elogiabais otro tanto».

No puede impedírsele al marido que se muestre galante con las damas cuando sea ocasión de galantería, porque esta obligación es de buena sangre, y como no sea viciosa, antes política virtud, no tiene nada que hacer el matrimonio con ella. Las propias mujeres, si son generosas, huelgan que sus maridos se muestren cortesanos donde deben.

Estaban los Reyes Católicos para salir de viaje, y la reina a la ventana, vió pasar el caballo del rey, que igualándose con su yegua, que allí estaba, no hiciera ninguna bizarría. Mandó la reina llamar al caballerizo mayor y le dijo que luego le cortase las piernas a semejante caballo, porque no le gustaba que el rey volviera a montarlo. Y preguntándole el caballerizo mayor

qué razón daría al rey cuando pidiera explicación del hecho, respondióle: «Porque pasó sin relinchar a una yegua tan hermosa como la mía, y caballo que es para tan poco, no hará cosa buena».

Estas galanterías del marido no pueden ser recíprocas para la mujer que goza de menores licencias, sin que pueda quejarse, a la manera que una ciudad tiene mayor o menor término que otra y no por eso habrán de pretenderlo igual.

No alabe la mujer a otro hombre delante de su marido, salvo en cosas que poseídas o no carecen de importancia.

Permitasele al casado mozo ser gallardo y usar adornos en su persona. En el casado son lícitas todas las cosas pertenecientes a la perfección de su estado. Perfumes, galas, regalos para casados y enamorados se hicieron;

porque se deja entender que aquellos empleos nacen del cuidado de la mujer o de la dama, con lo que se califican mejor que si de su propio cuidado de varón nacieran.

Cosas son estas que trocó el uso. Decían nuestros viejos que el hombre había de oler a pólvora y la mujer a incienso. Aludían a la religión y a la milicia, en que querían ver a todos ocupados. No ha muchos años que una señora principal, y no poco gloriosa, tachaba los perfumes en un cortesano, y éste mandóle a decir que cuando ella oliese a incienso comenzaría él a oler a pólvora.

El concierto en los aposentos del señor, con más el aseo de su persona, que los antiguos despreciaban, son hoy lícitos y no tienen vicio en su uso sino en su abuso. Diferenciemos el lindo del apropiado.

No nos desconsolemos del todo con las costumbres modernas, ni los que se precian de severísimos nos quieran confundir con la pureza de los antiguos. ¿Quién creerá que en el reinado de aquel don Sebastián, en que los hombres se fingían de hierro por contraste con los excesos del rey, anduvieran los hidalgos mancebos recostados en sus pajes como hoy las damas? Y llegaba a tanto aquella mala costumbre, que cuando los que jugaban a la pelota pasaban de una casa a otra, no lo hacían sin ir recostados en sus pajes. Hablaban, además, muy afémінado para los usos de aquel tiempo. Siendo esto así, no hay para qué condenar las costumbres por la edad, sino por la cualidad, ni es justo despreciar el presente para engrandecer el pasado.

Tengo por muy digno de reprensión andar por casa descompuesto. Persua-

diría, a no ser molesto, que se usase en casa el traje de la calle. El hombre en su hábito parece como si tuviese otra grandeza e imperio. Prueba de ello es que reyes y grandes no admiten, cuando están descompuestos, en su presencia, sino al criado de más confianza, como que necesita amor y fidelidad quien haya de guardar reverencia ante un hombre descompuesto.

Algunos hay tan poco advertidos que requiebran a sus mujeres en la mesa o delante de sus criados, ora con palabras, ora con meneos, lo cual es indignísimo porque ofenden por igual la modestia de los hombres y la honestidad de las mujeres. Tenga este exceso la contradicción en la mujer cuando no tenga la advertencia en el marido.

Paso al capítulo de los hijos. Vi un día a un gran general rodeado de mucha gente grave que lo seguía abrir el

corro y echar a correr para recibir un hijito suyo que lo venía a buscar y besarlo en presencia de aquel concurso, que todos se admiraban y miraban a quien siendo hombre de representación pudiese tampoco consigo. Digo a Vmd. que si tuviese poder separábalo de su oficio, porque el ánimo de los hombres no se ve cuando resisten lo que aborrecen, sino cuando vencen lo que aman. Dirán a esto los padres que los que no lo son, mal pueden dar reglas de amor. Ellos dirán lo que quieran, mas yo a lo dicho no quito coma, y todos saben que mucho mejor conoce los lances del juego quien ve que quien juega (1).

---

(1) ¡Qué aspereza tiene para con los padres el señor don Francisco! Como si no fuese infinitamente más humana esa carrera del general, haciendo caso omiso de toda la punta de fantasmones que le rodeaban, dándole un puntapié a su prestigio ante ellos, que todo otro movimiento! ¡Y qué peninsular es eso! Todo nuestro tea-

Pues que hablamos de hijos, acabemos con ellos. Desearlos es tan justo como merecerlos. Mas este deseo no obligue a demasías. Los mozos porque deben confiar. No me parece ocioso recordar en este caso lo de «A Dios rogando...», y no lo acabo porque todo el mundo lo sabe.

De medicinas, devociones, frailes que bendicen, monja que toca, físicos extranjeros, quintas esencias, bebidas desusadas, emplastos desconocidos, líbreos Dios. Mucho sirve aquí la hombría; más la cristiandad. Ponerlo todo en manos de Dios, tomar lo que viniere, que siempre es mejor que nuestros deseos.

---

tro está lleno de esos padres adustos y bárbaros, que, como el Comendador del drama de Zorrilla, prefiere la muerte de su hija antes que entrar a razones con don Juan! Y pensando en tanta barbarie paternal, se nos deslíe el alma en una suavísima dulzura viendo a ese general que antes que mamarracho grave es padre alegre y humanísimo.—(*N. de la T.*)

Los hijos ya nacidos guardaos de contar sus gracias, que todo eso os quita opinión. Huélguense los padres y jueguen con sus hijos; pero a modo de oficio en iglesia interdicta, es decir, a puertas cerradas. No pertenece a un hombre ser ni ama ni cuna de sus hijos.

Haceries mamolas, hablarles en su lenguaje, todo eso es indecente. Basta que os vean y amen y procurarles, eso sí, buena crianza y regalo. Las demás cosas son propias de la madre, a quien no habéis de tomar modo ni oficio.

Recuerdo ahora algo que no voy a dejar en el tintero, aunque todo no venga a propósito. Tenía un ministro muy lisonjeado un cierto hijo suyo que acostumbraba a ir a un aposento que siempre estaba lleno de pretendientes. Había entre ellos uno grande en años, en persona y en estado, y sobre todo

en intereses. Era éste quien más platicaba con el niñito, y tales cosas le hacía decir el espíritu de lisonja y adulación que traía en el cuerpo, que otro pretendiente comentaba: «La verdad es que el interés hace a Fulano más bobo con los hijos ajenos que a nosotros el amor con los nuestros».

Va más por juego que por consejo. Cuando Vmd. tenga hijas, no les consienta más que el nombre liso. Tengo por gran liviandad esta retahila de nombres que hoy se usa, poniendo unos sobre otros, dejando los de mayor baraúnda para el cabo. Dieron las mujeres en esta casta de necedad, y acontece que la que nació mera Dominga o Francisca, vierte sobre sí media docena de Jacintas, Leocadias, Micaelas, Hipólitas y otros nombres esdrújulos, sólo porque ve que se llaman así sus vecinas.

Me parece graciosa esta historia: Fueron a bautizar en un lugar de esta mi vecindad la hija de un escudero, y porque oyó que a la hija de un titulado le habían puesto en la pila tres nombres, como ascender a grande le costaba tan poco, mandó poner a la suya cuatro. Oyólos todos el cura, y dijo a los padrinos: «Señores, escojan un solo nombre, que soy flaco de memoria, o juro a tal, que la bautice sin nombre y la mande para casa como vino, hasta que resuelvan el que mejor les parezca».

Íbame olvidando de una cosa que juzgo digna de advertencia. Acostumbran a excederse los maridos en dos modos cuando las mujeres se encuentran en trance de parir: unos porque las sirven como comadronas, y otros que, como enemigos de ellas, huyen. Decía uno de éstos que si casaba ha-

bía de hacerlo en Julio, y siendo preguntado por qué, respondió: «Porque si soy tan desdichado que mi mujer haya de parir, sea en Marzo, y pueda yo hallar embarcación para la India antes que verla en tal estado». La buena o mala voluntad que se tenga a la mujer dará el mejor consejo. No repruebo a los que todo lo quieren ser en estos casos, y repruebo a los que no quieren ser nada. El salir de casa es reprobable, porque pueden ocurrir cosas para las que sea necesario. Quédese en su aposento y reciba allí las nuevas. Voy a alegrar esta materia con el dicho de un cierto señor castellano. Era general, y le pedía su capitán licencia por escrito para ir al nacimiento de un hijo. Púsole en el despacho: «Al tener el hijo quisiera hallarme yo en casa, que al nacer poco importa».

La miseria de los tiempos, que en todo caminan hacia atrás, ha hecho que las amas, que antes eran mujeres honradas, sean hoy las villanas mejor dispuestas. Ya pasamos de las madres a las amas, y ahora de las buenas a las ruines. Cierto que es contra toda la obligación de las madres, porque como dijo un sabio, si antes de vernos y conocernos nos sustenta nueve meses, ¿cómo después buscan otras para que nos sustenten? Bien me holgara de ver a los hijos de mis amigos mamar buena leche, no sólo por la calidad física, sino también por la espiritual.

A quien fué hijo tan bien criado como Vmd., poco o nada tengo que añadirle respecto a la crianza de los hijos. Críeles como sus padres lo criaron y todos nos daremos por satisfechos.

Por otra parte es vasta materia, y

ahora sólo trato de dar ciertos avisos a los casados para que lleven suavemente su vida.

A propósito de los hijos, algo debemos decir de los bastardos, que causan no poco embarazo entre casados.

Los hijos naturales, que nada deben a la fe del matrimonio, han de retenerse mientras no llegan los legítimos. Hubo en el apellido de Vmd. y en otros hombres tan famosos de ese origen, que bien vale la pena atenderlos.

Por lo que a los padres hace, el asunto está resuelto; pero en las mujeres hay mayores dificultades. Muchas hay de natural generoso, que agasajan con mucha galantería a los hijos de sus maridos; otras, que no los pueden ver y los maltratan. Notable fué la fineza de aquella Margarita de Valois, ya nombrada. Estaba en el lecho con su marido Enrique IV, el Grande, que

con ella fué ingratísimo; vió que se afligía con un recado secreto que le traían de estar en el propio Palacio, pariendo, del rey, Madamosela de Foseuse, dama de la reina, y por lo visto del monarca. Vistióse Margarita y fué a asistir al parto de dama que tan mal le servía, tratando de su regalo, y lo que es más, de poner su honra a cubierto, mandando a todas aquellas de quien se ayudó que, so pena de caer en desgracia, a nadie se descubriese el suceso.

Si por este canon se rigieran las mujeres con los hijos que llaman de ganancia, bien podía confiárseles; mas como no siempre sucede así, mejor será tenerlos, no sólo fuera de casa, sino del lugar en que se vive. Las hijas en conventos, unos y otros agasajados, que son al cabo hijos del amor, a quien se debe buena corresponden-

cia, y por faltos de asistencia suelen encontrarse en miles de aflicciones, que todas van en mengua de sus padres. India y religión son buena acogida para esta gente.

Entre aquí la advertencia de enmendar la vida libre y descompuesta; que si antes del casamiento ocupó una parte de la edad, es mayor razón para retraerse luego. Vencer de cosas pasadas prudente es; que no en balde las viejas llaman malas a las cosas pasadas. ni vuelva la cara hacia detrás.

Con mucha razón y bonísima doctrina fingieron los poetas que su Orfeo no peligrara cuando descendió al infierno, sino cuando al salir volvió la vista atrás, que esa es la verdadera perdición: salir de un estado y volver a mirar para él.

Muchos hay que, no sé en qué fiados,

dan en tener amistades asiduas con monjas, porque las más de las casadas acaban por descomponerse y tener celos de sus maridos, pues no hay mayor ofensa que la que implica el malgastar el tiempo y los caudales con gentes que sólo con el afecto habían de conformarse.

No quiero pasar tan de prisa por esto de los celos, que dados o tomados son humano infierno. Humano, porque entre humanos vive; inhumano, porque inhumanamente trata a los que viven dentro de ellos.

Ha sido cuestión, y aun no conclusión, saber qué es peor para un casado: dar o que le den celos. De ambas cosas abomino. Hay quien no da importancia a darlos y sí a recibirlos.

Darlos, asienta de ordinario sobre gran causa; recibirlos, es a veces asun-

to de imaginación, y como las mujeres son más vengativas que flacas, acontece que produce en ellas más terribles efectos la venganza que la flaqueza.

Dijo bien quien dijo que los celos se parecían a Dios en sacar de donde no hay, y no deben vivir en casa cristiana, porque es terrible tormento el que padecen hombres y mujeres por esta terrible quimera, que alguien llamó víbora porque mata a quien la engendra.

Huya todo marido de esta peste, y no la quiera ni para sí ni para la que ame. Decía un discreto que cuando un casado da a entender a la mujer que tiene celos de ella, anduvo medio camino para merecerlos, aludiendo a lo que vulgarmente se dice que la mayor jornada es salir de casa.

Así como el Derecho dejó muchos

casos sin asignarles pena, por presumir que nunca acontecerían, así el casado debe mostrarse como si tales posibilidades no existiesen.

Distingo a los celosos prudentes, pues la prudencia prevé y evita la sospecha; de suerte que para evitar celos, derrochar prudencia.

El prudente, y va de ejemplo, es como el capitán de un castillo que tiene en el campo constantemente sus espías, vigilando noche y día a un enemigo que no existe, para que si alguna vez viene no cause ningún sobresalto. Este tal vive seguro, come con gusto y duerme con descanso. El celoso es como el capitán que temiendo de todo vive miserablemente en su castillo, el aire que corre le inquieta, la hoja que se mueve antójasele un asalto, y así, sin honra ni provecho, lleno de miedo y desconfianza, pasa la

vida ignorando lo que es paz y reposo.

Advierto a los que me lean que aunque me cuide de detalles y cautelas excusadas, no es mi ánimo inculcar a los casados los celos. ¿A quién debemos mayor reconocimiento, al médico que nos da reglas para la salud, o al que nos da medicinas para recobrarla una vez perdida?

El juego es ruin oficio, y lo tomara por lícito si se pudiera medir hasta dónde es lícito, pues encuentro las mayores dificultades en refrenar la cólera o la ambición del juego. Sobre pequeñas causas se arman grandes porfías, y con ellas pérdida de vidas y honras, porque los hombres más se fijan en la duda que en la pérdida.

Son tantos los ejemplos, que no hay para qué probar los daños del juego. Miren las lágrimas, escuchen los gri-

tos de la tragedia. Decía un discreto que vino, juego y tabaco debían venderse en la botica (1).

El soltero se juega lo suyo, suponiendo que sea eso lo que se juega; el casado juega siempre lo ajeno.

Tenía un señor inclinado al juego una hija muy querida. Perdió dinero, joyas y ropas de la dote de aquélla. Afligida y justamente quejosa, acompañada de sus criados fué al lugar donde su padre jugaba, y pregun-

(1) Por lo visto don Francisco no fumaba. Compárese con *Freira de Anexins*, página 14. «Buena está la tabacación. ¿Tabacación? No fumo de eso». El tabaco fué introducido en Francia por Juan Nicot—1530-1600—, señor de Villemain, embajador francés en Lisboa desde 1559 hasta 1561, en que envió a su país simientes e instrucciones para el cultivo de la planta, atendiendo sólo a sus cualidades terapéuticas. De Nicot viene la palabra *nicotina*, álcali vegetal que se da en el tabaco. El dió a la planta el nombre de nicotiana, por el que es conocido aún en la Botánica; mas en Francia llamábase hierba medicea o del gran prior, por habérselas ofrecido Nicot a Catalina de Médicis y al Gran Prior.

tándole éste sobresaltado qué quería en aquel lugar, respondióle: «Vengo, señor, a que me juegue a mí también, porque ¿qué valgo yo en casa con lo que usía sacó de ella?»

Uno que alababa el juego, llamábale escuela de paciencia. Fuéralo si en ella se aprendiese como se gasta. Muchas veces considero, cuando contra uno de estos tahures se pronuncia sentencia de veinte mil reis, confirmada por tres jueces, lo bien que alega dudas, pone embargos, deja que pase el tiempo y al fin o no paga o se queja, y luego en aquella mayor demanda del juego véseles obedientes, y porque la sota de oros vino primero que el seis, les llevan la hacienda y la dan por bien empleada. No acierto a discernir cuál sea la causa de esta temperancia a la vista de aquella demasía.

Uno de nuestros antiguos cortesanos

decía que tres bienes deseaba a los enemigos para vengarse de ellos: pedir y que les diesen, pleitear y que ganasen, jugar y que se llevaran el dinero.

Otro género de peligro es el de los que andan encantados con los amigos en cacerías, banquetes, viajatas y parrandas. Cierto que esto se óbserva más entre las gentes de inferior suerte pues verdaderamente entre grandes son pocos los amigos que pueden gozar de los provechos de la amistad y, por tanto, colaborar a los inconvenientes de ella; mas guárdese.

No ha de escoger el casado para amigo a un soltero, y más si lleva vida suelta, pues como la amistad consiste en la semejanza, por milagro tuviera que el uno no hiciera lo que el otro. Los más acostumbran a dar malos consejos, exhortando al casado a que

no se sujete a la mujer y viva como libre. Es maña antigua de nuestra flaqueza holgarnos de hacer los vicios comunicables. Aquellos que padecen soltura procuran pegarse a los que viven con recogimiento.

El buen casado debe ir con casado, y a ser posible pariente. Son también buenos para amigos aquellos cuyas mujeres son amigas. Pueden ayudarse y prestarse en ocasiones y remediarse en los disgustos.

Días ha que me preguntó un hidalgo sesudo y casado de poco tiempo qué horas eran buenas para recogerse en la noche. Pienso que le dije que esa hora había de dar en el reloj del amor de las ocupaciones, mas no en el de puro mecanismo, y no satisfecho con la contestación, discurrimos sobre el punto un rato.

A unos parece que deben recogerse

siempre a una hora, después de evacuadas todas las diligencias; a otros, que no deben hacerlo sino a la hora que les fuese posible, porque viniendo unas veces tarde y otras temprano pensará la esposa cuando tarda que tuvo la culpa la ocasión y no la voluntad. Tengo para mí que nada de esto es seguro, e inclínome a que se recojan siempre a la hora justa y proporcionada con las ocupaciones de casa o de fuera. Sobre todo en los años primeros, los casados deben guardar más cortesía a sus mujeres.

También en esta obligación hay muy contrarias opiniones, y entre gente de muy buen juicio oímos de uno que yendo a retirarse díjole al caballerizo: «Tener presto de mañana las cabalgaduras, que temprano saldremos de caza, pues visita de cada día no puede ser larga». Y de otro que preguntán-

dole el mozo qué traje había de concertarle para el siguiente día, respondió: «Vete para casa de tu padre hasta que te mande venir, porque primero se ha de segar aquel trigo que por allá andan sembrando, que yo haya menester vestido». Tales son y tan variadas las opiniones de los hombres, por lo que un entendido decía: «¿Sabéis por qué el cuervo es negro? Porque no se os pregunta si es negro o blanco».

Ya ve Vmd. que estos avisos no siguen orden, sino a lo que la memoria se va ofreciendo. Creo que con la misma medida que debe evitar alabanzas a otras mujeres delante de la suya, así procure no alabar a la propia delante de los hombres.

Puede y debe loar el buen marido a la mujer y sus virtudes discretamente, y digo las virtudes y no las cualidades, y aun aquéllas sin ostentación y

con parquedad. Natural que eso no reza con los padres, hermanos o muy amigos de la esposa.

No son pocos ni poco grandes aquellos que entrometiéndose de cortesanos alaban en público sus mujeres o hablan de ellas, cosa a mi juicio indignísima y reprensible. Quedé un día como muerto hablando con un hidalgo de autoridad porque me dijo, estando su mujer enferma de un pecho, que Fulana tenía las tetas muy delicadas.

Estando una noche en Flandes, en cierta casa donde asistían muchas personas, uno de los circunstantes sacó un retrato de su mujer para mostrárselo a los otros. Era de unos que se hacen con diferentes trajes y que van vistiéndose a voluntad de los ojos, ¡que tantas salsas ha inventado el vicio para la vista como para el gusto! Sucedió, pues, que estaba entonces el re-

trato en figura de alférez y no parecía mal. Hallábase allí, y era uno de los convidados, un mancebo ilustre pero dado a las cosas de la tierra; y como estuviésemos de sobremesa, arrancóle al marido el retrato, y poniéndoselo contra la boca y pecho, lo besa diciéndole: «¡Oh, alférez mío! ¡Oh, alférez mío!», y mil descompuestos requiebros. En fin, el negocio fué de manera que yéndose a las manos, por poco se matan ambos, y cuéntese que la tierra no es ni de maliciosos ni de celosos, a pesar de lo que hubo asaz murmuración, procediendo todo ello de la incauta confianza de aquel descuidado marido.

Otros hay que llevados del deseo o de la facilidad de su condición muestran a las mujeres que no les pesaría quedar viudos, y aunque los más echen estas cosas a broma en las que las oyen, se tiene por indicio de desamor. Des-

víese el prudente de tales necedades y muéstrese con su esposa como él desearía ser tratado. No como se cuenta de aquel que estando su mujer agonizando y diciéndole que tenía gran desconsuelo de morir dejando tal y tal cosa por hacer, respondióle: «Morid, señora, que todo se hará como decís».

Guardaos, señor, de ser cansado y cominero como suelen serlo no pocos con las mujeres, que nada más intolerable de sufrir que la impertinencia de los que enfadan con manias, queriendo una cosa y dejándola de querer al mismo tiempo. El odio comienza por desagrado, y no pocas veces se encuentra aquél entre esposos.

Ya que cuento a Vmd. historias, no dejaré esta. Solicitaba con exquisita importunación que se beatificara a la venerable matrona Margarita de Chaves un su hijo a quien yo conocí, y me

refirió esto. Había el Papa Paulo V remitido la causa a un cierto cardenal que andaba tan temeroso del requirente, que en viéndolo huía de él. Sucedióle ir un día en que el cardenal estaba más enfadado que otros, y habiéndole recordado, como acostumbraba, su negocio, le respondió: «Señor, no nos cansemos en pruebas de santidad de vuestra madre; basta con que os haya sufrido; el Papa la declarará Santa» (1).

Las que sufran hombres impertinentes bien podemos considerarlas en el

---

(1) La Venerable Margarita de Chaves nació en 1530, en Punta Delgada, siendo hija de Alfonso Aires Chaves y de Magdalena Fernández. Casó a los catorce años con Antonio Jorge Correa, de quien tuvo cuatro hijos, entre los que se contaban los Licenciados Manuel, Jorge y Gonzalo, muriendo en 1595. Austera para sí misma, fué para los demás un ángel de caridad, haciendo muchos milagros. Poseyó también el don de profecía. La causa de beatificación fué instruída en 1611; pero con la muerte de sus hijos quedó interrumpida. La vida de esta sierva de Dios fué escrita por

número de las Santas; tan grande es la paciencia que derrochan.

Pues ¿y los gritadores, que por cualquier cosa que vaya contra su gusto hunden la casa y tiran a la calle el secreto de su mala condición? ¡Dios nos libre de tan mala costumbre! Dijo bien quien dijo que nadie padece tanta incomodidad que poniendo los ojos en la que otros padecen no encuentre razones para soportar la suya.

Esta pasión del gritar suele agobiar o a los muy altivos o a los muy desatinados. Aquéllos piensan que todos hicieron voto solemne de servirlos; estotros no quieren dar a las cosas ningún

---

un pariente, Francisco Alfonso de Chaves y Mello, y publicada en Lisboa en 1723 con el título de *A Margarita Animada. Idea Moral, Politica e Historica de Tres Estados, Discursada na Vida da Venerevel Margarida de Chaves*. El P. Gaspar Fructuoso le consagró un capítulo en las *Saudades da Terra*, en la parte que trata de la Isla de San Miguel, asi como fray Luis de los Angeles en el *Jardim de Portugal*.

descuento. Ambos son defectos infelicísimos, porque como las más de las cosas no están en nuestra mano, acontece que todo el día, todo el año y toda la vida nos van sucediendo las que nos contrarían, y nada remedia ni la disconformidad, ni el desagrado.

Paréceme será razón hacer un breve recuerdo de los que dan en torcerse hacia sus criadas, gran peligro para la reputación de las casas, y así merecen que por alevosos Dios los castigue. Las propias aves de rapiña, que no tienen otro empleo que cazar y robar lo que encuentran, acostumbran a ir lejos de donde habitan a realizar sus fechorías. ¿Por qué serán los hombres menos fieles y peor adoctrinados? Siendo cierto que la puerta principal para todo peligro de los hombres es el ilícito trato con las mujeres, ninguno de más pésimos efectos como aquel que se to-

ma dentro de la propia casa. El desconcierto del señor de ella luego lo conoce la familia, y como un delito llame a otro, se multiplican al fin con un triste exceso.

Las criadas, viéndose queridas de los amos, conspiran luego contra las señoras, trazando de ordinario tales enredos, que, no contentas con la primera ofensa, procuran despojarlas de la honra y de la vida, algunas con la esperanza de sustituirlas, como no pocas veces acontece; otras, por gozar más sueltamente su ruin libertad. De aquí oímos tragedias lastimosas; de aquí oímos bodas infames.

Entre los consejos tocantes a las virtudes del ánimo, conviene hacer presente algunos avisos concernientes al buen gobierno de la casa, cosa que, por otro nombre más elegante, llaman los filósofos virtud económica, segun-

da parte de la ciencia civil, que también es segunda parte de la filosofía moral. Esto no otra cosa es que la industria o prudencia con que el ciudadano, el hidalgo, el grande y también el pequeño gobiernan su familia, que en el príncipe es arte política o materia de Estado, llámenle los filósofos como la llamaren.

Decía bien aquel capitán romano, que bien dispondría una batalla quien bien supiera disponer un banquete, y bien gobernará una república quien sepa gobernar su casa, que la familia grande es ciudad grande, y la pequeña, pequeña.

Acontecióme un día, era víspera de Reyes, ir a visitar un hidalgo amigo mío, que, por morar lejos de mi posada y ser invierno, pensé no hallarlo ya en casa. Era mancebo, y notado de doco gobierno él y su mujer.

Llegué, en fin, a su puerta, y mandando saber si estaba en tren de recibirme, y mientras lidiaba en esta averiguación, veo a un paje batiendo las puertas y oigo una voz que desde dentro le decía: «Fulano, id a casa del cura y preguntadle de parte mía si es hoy día de pez o de carne. Si dice que de pez, tráelo de la Ribera; si de carne, del Azogue. Id de prisa, para que se haga de comer». Y esto era ya a las dos. Vea Vmd. qué tal andaría el gobierno de la casa.

Innúmeros son los descuentos que trae la flojedad del señor. Vulgar, pero ciertísima sentencia, es aquella de que cuando duele la cabeza duele todo. Conocí a un hombre, en tal manera remiso, que mandaba llamar a un su amigo para reñirle a los criados y obligarles a que lo sirviesen. Excesos que se cuentan como monstruosidades y que

conviene traer a la memoria para aborrecerlos.

Todo el gobierno de una casa se reduce a pan y paño o plato y trato, regla que hace ya muchos días que sabe la prudencia. Por el plato entendemos todos los bienes y comodidades de puertas adentro. Por el paño, las de puertas afuera.

Especializando de nuevo en esta materia, conviene que el señor de la casa procure que ande su familia acomodada y lustrosa, según su estado. Haya en la casa abundancia, y con orden y sin miseria se reparta; que los criados llevan mejor la pobreza liberal que la abundancia miserable.

Otros, aunque estén bien provistos, pagan mal y visten peor. No hablo de esos amos que cuanto peor tratan a sus siervos mejor servidos están; abogo por la razón, que obliga a quien

quiera tener buenos criados ser él buen señor. Aquel que de sus criados espere, adivine sus necesidades.

Tengo por regla general muy conveniente que el plato de familia sea más copioso que curioso, y el trato más curioso que costoso. Comer a sus horas; vestir a tiempo. Decía un gran señor, por otro de muy menor estado pero de gran concierto, que nunca deseara cosa mejor que ser criado de él, porque de tal modo los trataba y conservaba, que no se le envejecían ni en trajes ni en años.

Pague bien y a tiempo: a los criados, lo que les prometió; a los oficiales, lo que el trabajo valga. Será bien servido de unos y de otros. El premio debe seguir al servicio, y el servicio acuda a la necesidad. Quien paga luego, paga con menos; porque si dar luego es dar dos veces, se estima en mucho más de

lo que vale. Quien paga tarde, tiene ya los ánimos tan desabridos, que ni con otro tanto los dejaría satisfechos. Preguntaban a un criado que a quién servía, y respondía que a un hijo suyo. Tornáronle a preguntar, y contestó: «Sirvo a mi heredero». Por semejante razón dijo un discreto que no era cierto el refrán de que quien bien paga es heredero de lo ajeno; porque mejor hereda lo ajeno quien al ajeno no paga.

A todas estas cosas asista la Providencia y no la soberbia, que siendo guiadas por aquélla serán justas y excelentes, y por ésta, demasiado escandalosas. Convengo en que el casado principal tenga su mesa bien servida y limpísima; mas sea mesa para la boca y no para los ojos. Quiero decir, que provea la necesidad y no la vanidad. Contaré dos cosas a este propósito ex-

trañas, y que vi y por mi daño experimenté. Había un grande de España, tan grande en vanidad como en miseria, que se mandaba servir doce platos a la comida y otros tantos a la cena, que, por supuesto, se le iban administrando en público y con notable ceremonia. Pues sólo tres llevaban vianda; los demás pasaban de carrera, tan vacíos como la cabeza de su dueño.

Otro vi que, teniendo por razón de su cargo el plato de cierto príncipe, se llevaba a su casa las vituallas de que poco se servia, y pasándoselas a un su hijo heredero, que comía con invitados casi siempre, y yo lo fuí alguna vez; de suerte que aquellos platos aparecían tres veces en público, y, por fin, descendían al tinelo de los criados mayores; y, por fin, los residuos a los menores; de modo que hacían cinco pape-

les los pobres platos antes de ser de todos consumidos. Donde, con agudeza bien de su tierra, decía uno de los criados de esta casa que el señor N. era el mayor caballero de España, porque se servía con nietos de infantes, pues todos sus criados estaban en el cuarto grado con su alteza; aludiendo las cuatro mesas por donde venían descendiendo hasta ellos las cosas que no se comían.

Tanto puede la vanidad en estos tiempos, que le echa la zancadilla a la Naturaleza y la derrumba. Que se coma bien por necesidad, pase; que se coma bien por regalo, pase; pero que se funde vanidad sobre platos vacíos o de comedia y aparentes, es soberana estupidez.

Servir la mesa con criados, bien está; pero estos portugueses son tan desastrosos, que vale la pena sustituirlos con criadas. Mezcla de ellos y

de ellas no la hiciera nunca. Anduve en la corte de Londres, en casa de los embajadores de su majestad cerca de aquel trágico Carlos I, y habiéndose de dar allí una cena a las damas de la reina y a las mayores señoras de Inglaterra, viendo que los criados no tenían el arte necesaria a tal ministerio, lo tomé por mi cuenta, y con un hijo y un nieto de un embajador, un yerno de otro y el secretario de la embajada, se dispuso la cosa de modo que las convidadas se dieron por mejor servidas que regaladas. Tanto importa servir a las mesas bien, que el hacerlo es siempre el mejor manjar (1).

Acabo esto con el ejemplo de su ma-

(1) Don Francisco Manuel estuvo en Londres, de paso, el año de 1641, reinando Carlos I, a quien llama «trágico» por la muerte que padeció a manos de sus súbditos rebeldes, y la reina a que se refiere es la francesa Enriqueta María. Los embajadores eran don Antón de Almada y don Francisco de Andrade y Leitao, y el secretario, don Antonio de Sousa y Macedo.

jestad, que pone fin a todas las razones y refuerza las mías, que pudiendo servirse de sus criados lo hace con las criadas y damas de la reina. Tengo por más quieto modo de servir el de las criadas, aunque no sean precisamente ángeles. Y, por esto, decía un convidado de una parienta que lo hacía servir de dos criadas, una fea y otra bonita: «Señora, yo vendría a diario si sólo la fea me sirviese, porque estotra es ángel que me deja ángel».

Ya que aquí estamos, apuntaré que no se coma deshorado, quiero decir fuera de tiempo. Es gran inconveniente para las personas y para los criados. Cuando el ministerio, negocio u oficio así lo pidan, coman los criados primero, porque de otra suerte andará la casa mal atendida.

Alabo mucho ciertas costumbres familiares y antiguas en que determina-

dos días se agasajan y hartan los criados, corroborando así el amor que se tiene al señor de la casa. Tuvo vuestra merced un pariente grandísimo maestro de estas políticas y el más amado amo que nunca vi, por estas y otras utilísimas humanidades que con ellos guardaba.

Digo yo que el casado, para alegrar a la mujer, mande hacer en su casa dos o tres comedias al año. Tiénese en mucho; dícese luego de él que es un ángel, y verdaderamente es muestra de bondad holgarse de que los demás se diviertan en cosas decentes. No como nuestro rey don Pedro, que llamaron crudo y cruel, que mandaba despertar de noche al pueblo en que dormía porque él no conciliaba el sueño (1).

(1) «Yacía el rey en Lisboa una noche en la cama y no le venía sueño para dormir, e hizo levantar a los mozos y a cuantos dormían en palacio, y mandó lla-

Arme otras tantas romerías que lleguen hasta los criados; que hay casas donde se pierden cien quesos de Alemtejo antes que dar uno a un sirviente. Lo de matar puerco por su tiempo es cosa que hace a los hombres bien quistos en la vecindad. Diré lo que decía un malvado cortesano: que así como cada persona, para el buen gobierno de su casa, debía matar dos puercos, así, para el buen gobierno de la república, debiera matarse, por lo menos, cada año dos ruines villanos. Por tan buena costumbre teníase eso, que dice el refrán: «El día de Santo Tomé, quien

mar a Juan Mateo y a Lorenzo Palos y que trajesen las trompas de plata, e hizo encender antorchas y metióse por la villa en danza con otros; las gentes que dormían salían a las ventanas a ver qué fiesta era aquella y por qué se hacía; y cuando vieron de aquella guisa al rey, tomaron placer de verlo así alegre, y anduvo el rey así gran parte de la noche, y volvióse al palacio en danza y pidió vino y fruta y echóse a dormir.» Fernán Lopes, *Crónica del Rey Don Pedro,* capitulo XIV.

puerca no tenga, matar puede a su mujer».

Ir a las quintas me parece bien, y morar en ellas, malísimo. No porque me parezca indecente, sino porque lo tengo por desacomodadísimo, siendo como son estas quintas harto incómodas. Ni se goza en ellas la quietud del campo ni la autoridad de la corte. Entiendo por estas quintas aquellas de los alrededores de Lisboa, donde con comodidad o sin ella se va y viene a diario, por lo que decía un discreto con gracia que el coche de Fulano iba cada año tres veces a Jerusalén, echando cuenta de las leguas que cada día andaba el coche yendo y viniendo a determinado paraje.

Los grandes cortesanos hacen la vivienda del campo aborrecible, lo que no es, antes alegre y conveniente. Estando yo invitado por cierto hidalgo a

pasar con otros en una su quinta dos días, al segundo, sin despedirse de los compañeros, tomó el camino de la ciudad, y como le gritasen preguntándole dónde iba, respondió: «Amigos, voime, porque si estoy en el campo más de veinticuatro horas, me vuelvo buey».

Juzgo importante no vivir de continuo en la corte, y me parece que hay tiempo de ir el casado con su familia a su lugar, encomienda o heredad. Reglas para esto no encuentro otra que teniendo el casado hijos se retire mientras los tales crecen, y no pierden por no ser conocidos, como si dijésemos, hasta los diez y ocho años.

Después es bueno volver a la corte e introducirlos en ella, para que el rey los conozca y se críen sin espantarse de los palacios, lo que sin duda sucede a los que se crían lejos de ellos, como se cuenta de las aguas del Nilo, cuyo

estruendo es temeroso para el forastero y no oído de los naturales. Decía el duque de Alba, padre del actual, siendo mayordomo mayor del rey de Castilla: «Si dos días estoy sin venir a palacio, al tercero tropiezo en las esteras o ellas se burlan de mí».

Hasta casar a los hijos no se deben hacer ausencias, y ya casados, vaya a descansar la vejez y a prepararse para la muerte, máximo negocio de los vivos.

Esta observación sólo alcanza a quien vive sólo para sí; porque para el ministro, el soldado o el criado del príncipe, que va de unos empleos subiendo a otros y mereciendo cada día más, no es mi ánimo aconsejar que sin causa se deje su profesión y aumentos.

Estas ausencias traen grandes provechos a la salud, a la salvación, a la

hacienda y a la vida. A la vida, porque en el campo se vive más; a la salud, porque con los ejercicios la conserva; a la hacienda, porque se gasta menos, y a la salvación, porque anda el alma más descargada para pensar en Dios y en sí mismo.

Notable es la controversia que hubo siempre sobre la vida retirada. Un hidalgo antiguo, nuestro amigo, se alababa de economizar en el campo la mitad de su hacienda. No hacía eso otro castellano, que cuando se veía alcanzado fingía que se retiraba y no salía de la corte, y decía que para descansar cada uno en su casa no había como comerse media docena de pajes y lacayos sin salir de la tierra.

Estas tales retiradas acostumbran a encontrar gran contradicción en las mujeres, y cuanto más visibles son en la corte, más impugnación hacen a los

maridos. Contra esto digo lo del mezquino a otro que le pedía dinero prestado, alegando siete razones: «Las mismas tengo yo para no darle lo que me pide».

Algo he de decir de esos casados que andan siempre jornadeando, haciéndose unas veces los convidados y otras convidándose de hecho, y dejando en casa mujeres mozas, a veces desamparadas de todo el resguardo que les es debido. Suelen decir éstos que por buscar pan y honra se ausentan, cuando lo cierto es que no pocas veces en tales demandas se pierde la hacienda y algunas cosas que valen más. Es no entender cada cual sus obligaciones.

Hablaba una viuda con un hombre conocedor de su estado, y ella le decía: «Señor, yo nunca casé; ved cómo puedo ser viuda». Replicó el otro que en

tal o cual parte había conocido a su marido. «Señor, dígolo porque casé por poder, y estar casada por carta no es estar casada». Y era así, que por las ausencias del marido apenas lo conociera.

Señor, si estamos solos voy a contar a Vmd. la historia de un mancebo, que oí en Barcelona. Había allí un hidalgo recién casado, de nombre Mosén Gralla. Pasó el emperador Carlos V para Italia y lo siguió este catalán, a despecho de su mujer, moza, hermosa y honrada. Engolfóse el marido en servicios y esperanzas, y no hacía cuenta de volver tan pronto. Enfadábase la mujer y requeríale para que regresara, y viendo que ni por esas lo hacía, escribióle en catalán estas palabras: «Mosén Gralla, Mosén Gralla, mon amor non manja palla». Tomó el soldado la carta y llevóla al emperador a que la

interpretase, que bien clara estaba, el cual, conociendo las urgencias de la mujer y haciéndole merced, mandó para su casa al marido.

Monasterios, recogimientos y otros resguardos en que los hombres depositan a sus mujeres, son arriesgados, pues es usar de ruin ley con las mujeres, ya que si hubieran deseado ser monjas excusaran casar.

Adviértase al casado que en el ausentarse largo tiempo de casa vaya con tiento, y no lo haga sino por un gran interés. Disputóse entre politicos si convenía que fuesen los capitanes casados o solteros. Si yo hablara con los reyes dijérales que para las guerras de conquista y ofensivas que se hacen en provincias distantes, buscasen los solteros, porque por la libertad se arriesgan, y por venir luego a descansar en la patria y buscar mujer

abrevian las empresas y son menos costosos a los señores; por el contrario, para dentro de su provincia y en guerras defensivas, prefieran a los casados, que por defender su casa, mujer e hijos, realizan mayores hazañas que por defender su propia vida.

Lo mismo que aconsejo a los reyes para con los vasallos, aconsejo a los vasallos para con los reyes.

Sin sentir me iba metiendo en política y negocios de Estado. Allá se avengan los que mandan en el mundo. Volvamos a la tierra.

La cosa que más me desagrada es oir llamar a las mujeres por circunloquios, llamándoles, ora «viejita mía», ya «mi compañera», o bien «mi obligación», o «madre de mis hijos», o cosas que, en cualquier tono que sean dichas, parecen poco graves, y a mi juicio indignas de un hombre sesudo.

La mujer de que el hombre se precia, y el hombre de que la mujer se honra, ¿por qué no han de ser llamados por sus nombres? Dígolo también a ellas.

Los parientes que se casan acostumbran a llamarse por los grados del parentesco. Yo soy amigo de la verdad, y aconsejo que en vez de «mi primo» o «mi sobrina», dígase: «mi marido» y «mi mujer». No suceda como con aquel criado que no habiendo oído nunca el nombre de su señora, teniendo que escribirle, púsole en el sobre: «A la señora prima de mi señor».

Digamos algo del estilo de hablarse entre sí los casados. El «tú» es castellano, y por más que ellos lo hallen cariñoso, es palabra muy de plaza y que no debe emplearse de la cámara afuera. El «vos» es muy francés, que con un «vu» recibirían a la propia rei-

na de Saba (1). Téngolo por demasiado vulgar. «Él» o «ella», un «oiga, señor», o «qué dice la señora», es bien portugués y asaz honesto y bien sonante. Las señorías y excelencias, a quienes pertenecen inducen a gravedad; pero parece tratar a la mujer como si no lo fuera. Quédese para los príncipes, reyes, altezas y majestades, y aun a veces prohíbenselo los afectos; que bien decía don Juan II: «Holgárame poder ser hombre, aunque sólo fuesen tres días» (2).

Trátense, en fin, los casados a mi ruego con aquel modo que mejor se compadezca con la estimación. Claro

---

(1) La visita de la reina de Saba a Salomón refiérese en el Libro III de los Reyes.

(2) «Según buena costumbre de España y Portugal, todo hombre honrado llama a su mujer señora cuando con ella habla, mas no cuando con otro conversa. El uso popular extendió esto más abajo, como lo de besar las manos. La mujer, en todo caso, debe llamar a su marido señor.» Dr. Juan de Barros, *Espejo de Casa-*

es que los más mozos están exentos a veces de la severidad de estas reglas.

A las casadas tengo que encomendar una acción no inútil, sino de gran conveniencia. Muchas hay que de disgustos que no pueden remediar toman en sí castigo, cosa tan indigna como injusta. Unas, por ser mal casadas, se descomponen y desfiguran, con lo que vienen a serlo peor. Aquellas a quienes se les mueren los hijos, aquellas a quienes no les nacen, viven no sólo desconsoladas, sino que lo dan a entender en traje y rostro; por donde los maridos y las personas de su estimación viven afligidos. De este desorden nacen otros mayores, con grave ofen-

dos, fol. XXXII. Las sentidas cartas de doña Juana de Vasconcellos y Meneses, dirigidas el año de 1643 a su marido, don Diego de Lima, hijo del vizconde, que estaba sirviendo en la campaña de Badajoz, comienzan así: «Mi señor y bien de mi vida...», y acaban: «Tu mujer y esclava, que mucho te quiere». Biblioteca de Ajuda, Cod. 31, VII, 24.

sa para la paz, porque de ordinario los hombres no son del temple de un amigo mio, que en otro tal caso decía a su mujer: «Desengañaos, señora; por mucho que hagáis no os he de querer mal ni me habéis de parecer mal».

Así como entre los bien casados es mucho dolor que a alguno falte la vida, así es digno de mucho sentimiento que le falte a alguno la alegría; ya he dicho que las almas de los casados son comunes, y lo mismo sus gustos y pesares. No haya parte que se quiera levantar con la parte ajena. Ninguno llore ni se alegre más de lo que a su mitad pueda afectar.

La mujer que pone algo en el rostro, pone en él su injuria y quítale la vergüenza; ni belleza ni mocedad añade, porque no sólo ofende el sexo, sino los años y el parecer. Poco fía en sí aquella que de tan bajas cosas se ayuda.

Siempre se tuvo por cobarde aquel que mucho se armaba. Cuántas, en vez de agradar a los que las ven, por esa propia diligencia, los escandalizan y van convidando a la risa y mofa de la gente (1). Este abuso, luego que el ma-

---

(1) Eso es cuestión de que poco saben los hombres. No quiero emular a Baudelaire, que en su *Eloge du maquillage*, habla de la «alta espiritualidad de la *toilette*», donde la mujer demuestra «su disgusto por lo real» y «la inmaterialidad de su alma», pues los «polvos de arroz tienen por objeto crear una unidad abstracta en la gracia y el color de la piel; unidad que, como la producida por el *maillot*, aproxima al ser humano a la estatua, es decir, a un ser divino y superior»; «el negro artificial que rodea el ojo, y el carmín de la mejilla, tienen su origen en el principio de la necesidad de sobrepasar a la Naturaleza»; «rojo y negro representan una vida sobrenatural y excesiva»: «el negro da al ojo una apariencia de ventana abierta al infinito»; «el rojo aumenta la claridad de la pupila». No es cierto que la Naturaleza haya dado belleza perfecta a la mujer, ni a nada. Es preciso perfeccionar a la Naturaleza, exaltarla, dominarla. Todo el progreso humano estriba en eso. Que una mujer de Palanquinos tenga por cosa nefanda el que las demás mujeres se mejoren, pase; pero que una mujer — no ese tipo epiceno asexuado, que no se sabe lo que es, y que tanto abundan en nuestra tierra—iba a decir moderna, no lo tolere, es cosa que no entendemos. Una mujer que

rido lo conozca, atájelo, porque la edad no lo enmienda, antes lo acrecienta. Tan pobre cuenta da de su juicio el marido que sufre posturas de su mujer, como ella de su entendimiento la mujer que las usa. Una de éstas invita-

---

se descuida es una finca que se desvaloriza. No cuidar de la belleza equivale a no cultivar una propiedad. La obligación social de la mujer es agradar, como la del hombre trabajar por el mejoramiento humano. Cuando no lo cumpla falsea la misión natural de su sexo. Cleopatra, aplicando ventosas a los senos para hacer que afluyera sangre y conservarlos erectos, no sólo servía a su vanidad, sino a los destinos de toda la raza semitica. La fuerza orgullosa de Roma derivaba tanto de la belleza de sus mujeres como de la gloria de sus legiones. Cuando el romano descubrió las mujeres rubias de las Galias, declinó su confianza en los destinos del Imperio.

En todo tiempo, ser bella para agradar fué la permanente preocupación de la mujer. La vanidad, en este caso, colabora a la obra de la Naturaleza sirviendo sus designios y cumpliendo su misión. Y tan importante y esencial es a la vida de la Humanidad su encanto y seducción, que un grave sociólogo formula la hipótesis de las transformaciones radicales que sufriría la Humanidad si la belleza de la mujer declinase y le faltara al hombre de repente el estímulo y la compensación de su hermosura.

Por otra parte, no se crea que es ahora cuando más

ba a su marido a que se pusiera junto a ella, y decía él: «Déjame, que de una dolencia me quedó gran repugnancia por los dulces de botica». Otro decía, por una su parienta que trataba de descargarse años: «Mi tía, por lo visto, quiere desperdiciar desengaños». Y

---

se maquillan — admitamos la palabra — las mujeres. Ya en el *Cantar de los Cantares* hay un arte recetuario, y en un libro de cosméticos, de Ovidio, del que no se conserva sino un fragmento, habría sin duda recogido no poco de la farmacopea oriental. ¡Qué más, si hasta en España hay una gran tradición cosmética! Ya Rojas, en su *Viaje entretenido,* escribe: «Si hubiera de decir todo lo que sé de mudas para la cara y las manos, blanduras y aguas, fuera no acabar en diez *Viajes*». Pág. 48, vol. I. Y más adelante: «En sábado lavan las mujeres las tocas, arriman las almohadillas, almidonan las gorgueras, enrúbianse los cabellos, pónense las pasas, quitanse las mudas, sáhumanse las camisas y lávanse las piernas». Ibid. 192, vol. II. Nótese que no se lavan nuestras cochinísimas paisanas más que las piernas y por hebdómadas, mas no por eso dejan de afeitarse muy concienzudamente. Y es que, como se lee en Cayo Suetonio Tranquilo: scias nec gratius quiequam decore nec brevius». Sabed que nada hay ni más grato ni más efímero al tiempo que la belleza. De modo que si no se cuida, ¡a morir, compañeras!—*(N. de la T.)*

asi es, porque la gracia de la mocedad no se alcanza, y la gravedad de la mujer se pierde. Desfigúranse los rostros con los martirios de los ungüentos, y las pobres son esclavas de su presunción, a que aludía un discreto por otro tal: «Muy ruin cautiverio se da aquel señor a su rostro». Mas con mucha más gracia que todos lo dijo el cardenal Zapata, que visitando una señora romana de mayor edad y muy dada a esta mala costumbre, como ella le preguntase qué nuevas había en Italia, y viese tan maltratado su rostro por la fuerza de las posturas, dicen que le contestó: «Ilustrísima señora, muy malas nuevas tenemos, porque según las cosas corren, ya estoy viendo a Solimán apoderado de Civita-Vechia» (1).

---

(1) El cardenal Zapata de Cisneros (1550-1635) fué obispo de Cádiz y ulteriormente de Pamplona, donde en tiempo de peste fundó establecimientos de caridad

No será sin fruto dejar advertido a todas las mujeres que llegaren a ser de ministros y personas que tienen a su cuenta los negocios públicos, alguna cosa tocante a la conservación de ese estado.

Dan muchas de estas señoras de ministros en ser ellas ministras, con grave riesgo de su marido y casa. A tres cosas se reducen estos inconvenientes: interceder por los que pretenden, negociar con los despachados y revelar secretos a los negociantes.

No sé cuál es peor. Afirmo que todo es pésimo para la opinión de los mi-

---

y socorrió a los enfermos, gastando toda su fortuna en el sustento de ellos. Promovido a arzobispo de Burgos, dispendió en las obras de la Catedral grandes sumas. Exaltado a cardenal en 1603, fué a Roma, de donde volvió en 1617. Nombrado en 1620 virrey de Nápoles, pasó de nuevo a Italia, regresando como arzobispo de Toledo e inquisidor mayor en 1627. En la vejez renunció todos los cargos, retirándose a Barajas «para ajustar la cuenta de su larga vida».

nistros cuyas mujeres se dejan llevar del aplauso, interés y ambición. Tengo en mi poder la copia de una carta de Carlos V a don Felipe, su hijo, cuando en una de sus jornadas lo dejaba gobernando e instruía para con sus ministros; y llegando a uno decíale estas palabras: «Fulano sería el mejor de todos si fuera eunuco; porque la mujer deshace en aquel hombre las mejores partes que he visto».

En las mujeres de ministros de justicia aún es esto más peligroso. O quizá que no es tanto en los otros por ser más ordinario, a lo que aludía un cortesano que acudía a sentarse junto al fuego en casa de un ministro de justicia poco escrupuloso, y que iba diciendo por el camino: «Acudamos, señores, a nuestra hacienda, que se nos quema».

Quéjabase un requiriente a otro de que un su juez, siendo pobre, gastase

como rico. «Pues, esto, señor, ¿de dónde sale?» Y el otro le respondió: «¡De lo que entra!» Retrucaba el quejoso y decía: «Señor, no hicieran esto sus pasados». Respondía el otro: «No, señor, pero hácenlo los presentes».

Acostumbran las mujeres de los ministros, en lugar de abstenerse y ayudar con gran tiento a sus maridos a llevar la carga, ser ocasión de precipitarlos. Puede, naturalmente, la mujer recomendar a uno o a otro, y aun favorecer a determinado pretendiente que lo merezca; mas como estas cosas son de suyo peligrosas, pocas veces acaece que se obre lo lícito. Contentárame con que el desconcierto lo pagara el autor de él; pero sucede que en esos casos es siempre el marido fiador y responsable.

Había en Castilla un ministro de los que voy diciendo; era poco limpio,

aunque muy aseado; mercadeaba con la mujer y se alababa de ello, y cuando le elogiaban sus muebles o joyas, decía siempre: «Gracias sean dadas a la industria de doña Clara».

Pasando a Indias un mercader le fueron dadas ciertas encomiendas de la mujer de un ministro y acertó el pobre a perderlas con todo su caudal. Volvió a España y a la corte; y no siéndole recibida en cuenta la pérdida, hubo en el caso tal violencia, que le hicieron pagar aquella encomienda con daños y perjuicios. Volvió a Sevilla, y topando con otro mercader su amigo, le preguntó adónde iba; y habiéndole dicho que a la iglesia mayor a asegurar con Dios y con los hombres de negocios cierta gran partida de mercancía que de fuera esperaba, díjole el quejoso: «Andad y no hagáis tal; mejor es encomendarla a mi seño-

ra doña Fulana, que toda la saca a puerto de salvación».

Ya que toqué secretos que las mujeres acostumbran a revelar de los oficios del marido, tratemos esta materia, asaz esencial para el descanso del matrimonio.

Vi y oí, y hasta en algunas ocasiones tomé parte en grandes disputas sobre si se debe decir a la mujer, o no, todo lo que se sabe. Siempre fui amigo de ver amarse con sencillez, y tuve para mí que la mujer honrada debía ser una gaveta en la que el marido pudiese guardar todos los secretos más íntimos, y que ese era uno de los mayores bienes del matrimonio: hallar el hombre un corazón fiel en que pudiese repartir ansias y cuidados que a las veces no caben en el corazón, y que todo lo contrario era amar fraudulentamente.

Mas no es esto lo que hoy creo ni lo que aconsejaré a mis amigos, pues la mayor experiencia y los años me han mostrado que a la mujer propia no han de fiarse secretos que aventajen su capacidad.

Paréceme a mí esto como quien pone hilo grueso en devanadera pequeña, que tirando del hilo damos en tierra con la devanadera. Si cargamos una carabela con el lastre de un galeón, ¿no la echaremos al fondo? Los secretos que se hicieron para los grandes cora zones, queden en ellos. Y téngase presente el dicho: «Nunca me arrepentí de lo que no dije».

No es que yo crea a las mujeres indignas de que se les confíe secreto alguno, pero no los misterios de la honra y oficio, las confianzas del rey o las resoluciones de la república.

Mi regla sería esta: digase a la mujer

lo que ella puede remediar con sus fuerzas y consejo. Sin duda que hay en el mundo mujeres de gran corazón, donde fuera bien empleada toda la confianza; mas como eso es excepcional, valdrá más abstenerse.

Aunque Vmd. ande lejos de esto, no quiero olvidar punto tan importante como es el casamiento de los hijos. Hay una regla, a mi juicio bien falible, y es la de que los hijos han de casarse cuando haya ocasión. Más bien puede haber ocasión y no disposición. Débese entender esto cuando la voluntad de los hijos esté dispuesta al casamiento; que de casamientos sin voluntad nada bueno hay que esperar.

Sea libre la elección de estado de los hijos; mas de suerte, que sus padres los estén inclinando, vigilantes, al objeto que más les convenga. Sean consejeros, no señores.

En las hijas el peligro es mayor; porque, dado que no haya dote para más de una, quedan luego las otras condenadas a perder por fuerza la libertad, teniendo que tomar estado que no desean y violentísimamente sufren.

El remedio de este daño no tiene remedio, porque sería necesario enmendar primero la república y las costumbres de ella. Hemos visto en los antepasados grandes ejemplos de hombres notables que, hallándose ricos de hijas, no las violentaron; recogiéndose en religión las que lo pidieron y casando las que lo deseaban. En esos casos, y tratándose de padres de muchas hijas, no vale escoger demasiado los yernos; basta con no deshonrarse con ellos. No quiero decir que no se procure lo mejor, pero amonesto a que se acomoden con lo posible. Guarda-

ron este consejo muchas notables personas del reino.

Confianza de príncipes, gran riqueza o valer de las personas en armas y letras, hacen merecedores de aparentar con los grandes a los que hasta entonces vivieron en otros estados.

Decía un señor, a propósito de esto, todo lo que puede decirse: Que con sus hijos habían de ir a rogar sus padres para ser bien casados, y con las hijas habían de ser rogados para ser bien casadas. Y otro, no menos entendido, decía que las buenas partes eran chapines de calidad, que hacían crecer a las personas e igualar a grandes con pequeños.

Fáltame advertir algo a ciertas madres, y no sé si a determinados países, que enseñan a las hijas mañas para que se casen, especialmente a las de buen frontispicio, dejándoles que para

ese efecto le den suelta a la rienda del recato.

En esta materia soy austerísimo. Si conforme a mi natural hubiese de juzgar, no acabaría de condenarla. Fuera de España, en Flandes especialmente, es tan ordinario el procedimiento, que los galanteos son permitidos, y llega a tanto, que padres y madres son maestros de las hijas, a quienes aconsejan cómo han de haberse con sus novios hasta convertirlos en maridos.

No sabría aconsejar cuál deba ser la actitud del padre para advertir a la hija del novio que le convendría como marido. Cada cual prodúzcase como su ánimo le dicte.

Viene ahora lo de casar a hurto o contra la voluntad de los padres, que es de dos modos: por acción o por pasión; lo primero es cuando el hijo lo hace; lo segundo, cuando es la hija.

Al hombre a quien su hijo se case bien, aunque contra la voluntad de los padres de la mujer, aconséjole que se muestre prudente, aunque ayude por bajo cuerda a su hijo, y una ausencia para negarle al juicio público tristeza o alegría, y si lo hiciese antes del suceso, mejor que mejor.

El hombre a quien le llevaron la hija, si en ello no perdiera, venza el pesar, que casi siempre es tozudez o rabia, y no verdadero dolor.

De estas abominaciones entre los padres de los que así se casan, nacen de ordinario enemistades y contiendas, públicos remoques y deshonras; desentiérranse los abuelos, publícase lo que no se sabía y van los escándalos de monte a monte, y todos los defectos reales o mentidos salen a plaza. El casar bien a los hijos absuelve de que sea a disgusto de los padres, y el modo

siempre había de ser bueno; mas como dice un refrán castellano: «Hágase el milagro y hágalo el diablo». El casar mal y a disgusto de los padres es el último desconcierto. Sólo tiene el remedio precaviéndolo, pues hecho el error no hay medicina.

Acontece que hay hombres que por gozar de la casa entera o no ser abuelos antes de tiempo, dejan escapar las buenas ocasiones de casar bien a los hijos. Quieran para los hijos aquello que cuando eran hijos quisieron para sí.

Ni es poco ni poco prolijo lo que ya llevo elecubrado. Cada punto quisiera yo que fuese el último; mas, con licencia de Vmd., no me despediré sin hablar de suegras y suegros, nueras y yernos, cuñadas y cuñados. Suelen ser éstos unos mal estrenados parentescos. Púseme a filosofar sobre la causa

de esta desavenencia, y no le encontré otra que la que dió el maestro de los políticos diciendo: «Que a los grandes les eran agradables las obligaciones mientras las podían pagar; pero en cuanto crecían causábales desazón.

Juzgo que la deuda es tamaña, que entre yernos y suegros y cuñados suele no pagarse, convirtiéndose en aborrecimiento.

Llámanse padres a los suegros e hijos a los yernos y hermanos a los cuñados; pero más que la obligación expresa la ingratitud, por lo que estamos viendo.

Quejábase una señora viuda de la gran amistad que llevaba su hijo con cierto hidalgo, de lo que recibía disgusto. Entróle un dia por la casa un criado pidiendo albricias, y preguntándole de qué, respondió: «De que mi señor quebró ya con Fulano, pues se le

casa con una hija». Procuraré dar el remedio para que tal abuso no se practique.

Dígame Vmd.: Si un hombre labrase con grandes dispendios una quinta, y la obra durase muchos años y en ella gastase tiempo y hacienda, hasta verla perfecta y ya acabada, fuese Vmd. a su casa y le regalara la propiedad y le vinculase otras, y de todas lo pusiera en posesión, ¿qué haría Vmd.? ¡Qué digo Vmd.! ¿Qué haría la persona más ingrata del mundo, sino venerar, amar, regalar y servir a tal hombre y confesársele su deudor y perpetuo amigo?

Pues ¿qué menos hace quien cría tantos años a la hija, la adoctrina, guarda y perfecciona, y después, repartiendo con ella sus bienes y entregándole la mitad de su alma, pone este tesoro en manos de otro hombre a quien nada debía?

Traeré para ejemplo de buenos yernos lo que sucedió casi en nuestro tiempo, y fué que habiendo un hombre rico casado una su hija con hidalgo honrado, y queriendo casar a otra con otro en nada mayor que el primero, este segundo no quiso celebrar matrimonio sin que antes la dotasen en diez mil cruzados más de los que a la primera se le habían dado; y como el suegro dijese que sin duda se le quejaría el primer yerno, insistió el segundo en su demanda, enviándole al primero con desusada gentileza diez mil cruzados de su cuenta, porque no quería que hubiera quien pensase que se estimaba él en más que nadie.

Por cierto que no oí ni vi cosa más galante ni honrada. Porque se vea que también hay yernos que saben serlo buenos. Contaré otro caso. Había no ha muchos años en cierto lugar una

persona riquísima, con una sola hija heredera para casar; aficionóse su madre a un su natural, de buena calidad, mas no de gran hacienda; mandóle a decir que quería darle hija y cuanto tenía. Respondió el yerno que no era de razón que a quien tanto quería despojase en una hora de todos sus bienes; que a la hija la recibiría por esposa, pero a condición de que no había de darle sino la mitad de la hacienda prometida.

Bien veo que estos ejemplos son magníficos para escritos, mas no lo son para practicados. En fin, satisfago mi obligación mostrando cómo no es imposible obrar bien. ¡Malditos sean los intereses, que tienen la culpa de toda enemistad, porque quejas de yernos y suegros, todas se fundan en «si me dió, si no me dió»! Gran descanso les vendría si no hubiera tanta codicia y nos

contentáramos con lo posible. Mas querer eso, es querer otro mundo.

Tengo por buena amistad la compañía de los cuñados, haciendo distinción entre malos e ignorantes. Aunque el cuñado no sea un espíritu superior debe admitirse; mas aunque lo fuera, si procede mal, desvíese.

He oído murmurar, y aun no sé si yo mismo murmuré, de los que en casando se entregan a la parentela de sus mujeres. Esto paréceme condenable, y se ve, sobre todo, en los que a las mujeres quieren ciegamente.

Andaba un novio siempre entre dos cuñados suyos, que ni los dejaba ni lo dejaban. Pasaba a veces cerca de un amigo antiguo y lo trataba como si nunca lo hubiese conocido. Por fin, un día, díjole el quejoso: «Pésame, señor Fulano, que la señora doña Fulana tenga tan poca confianza en la fe de

vuestra merced que no lo deje andar por la ciudad sin familiares».

Tampoco será razón que nos pase por alto los escándalos entre la mujer y los parientes del marido, o aun los suyos propios. Todo esto, generalmente, procede de leves causas, pues de ordinario las venganzas de las mujeres son siempre menores que las quejas.

Hay hombres que tienen por buen acuerdo no intervenir nunca en estas contiendas. No lo apruebo, porque además de que al marido, por su dignidad, tócale justificar las acciones de su mujer o su enmienda, también le pertenece la dirección de ellas, y más su amistad o su enemistad; al modo que al rey toca la dirección de la paz o de la guerra, hecha por sus vasallos. Naturalmente que en los casos menudos puede disimularse. Que si es carne

arañada, ella suelda cuando le parece, y si pie o brazo desconcertado, luego hay que acudir al algebrista, que es quien pone en su sitio los huesos dislocados.

Cuando las cosas pasen adelante y pueda llegar la tirantez entre mujer y parientes a ser pública y escandalosa, interponga el marido su autoridad y acabe el litigio, entendiéndose con el propio marido de la ofendida, si lo tuviera, y llegando a que se acomoden por amigas las que antes fueron irreconciliables.

Mujeres hay tenaces y durísimas de reducir; pero los maridos deben lograrlo, ya que a su cuenta va la honra y el crédito de ellas. Mas cuando hecha la diligencia no bastase, soy de opinión de que el hombre no quede mal con su mujer porque ella no esté bien con otra.

Cuando comencé a escribir a vuestra merced fué con ánimo de no pasar de una carta, y hállome ahora con un proceso. De natural soy menudo y prolijo, y el estar solo, y la melancolía que de sí es cuidadosa, me hicieron armar tan largas redes, para coger en ellas todos los casos y avisos. Plegue a Dios que no nos hayamos cansado en balde, como sucedería si al cabo de haber Vmd. oído mucho y yo dicho bastante no sacásemos algún provecho.

Acabaré con las generalidades que a mi parecer destacan bien la grandeza de las casas.

Bien veo que si esto llega a leerlo casada o casado, y aun más si no lo estuvieran, hallarán temeroso el camino por donde pretendo llevarlos a la casa del descanso. A todos diré que con esta carta pasa como con las de ma-

rear, que quien las vea cruzadas de líneas y riscos que se comen los unos a los otros, parecerále que con tal confusión no habrá quien se desempece; y, en verdad, no es así; porque todas aquellas líneas son unas propias, y apenas pasan de cuatro principales que se multiplican para hacer más fácil nuestro uso.

Quien con buen juicio considere esta máquina de cosas, las verá atadas y dependientes unas de otras, y así no le parecerán muchas, sino una sola. Y porque vemos que la cuerda de pocos hilos se quiebra, preciso nos es torcer ésta con muchos avisos y remedios, pues de ella cuelgan nuestra honra, nuestra vida y la paz en ella. Supuesto que todas las cuerdas, según se dice, quiebran por lo más flaco, y nada hay que lo sea tanto como la mujer, por esto conviene fortificarla con arte y

cautela, de suerte que siempre se conserve íntegra.

Mas si con todo parece a las mujeres excesivamente rigurosa esta mi doctrina, certifícoles que mi ánimo nunca se encaminó sino a su estimación, servicio y regalo.

Y porque así se vea, en otra *Carta* para casadas abogaré por ellas tanto como ahora por sus maridos, para que queden satisfechas.

Señor mío: Casa limpia. Mesa aseada. Plato honesto. Servir quedo. Criados buenos. Uno que los mande. Paga cierta. Esclavos, pocos. Coche a punto. Caballo gordo. Plata, mucha. Oro, el menos. Joyas que no sean falsas. Dinero, el que se pueda. Muebles, todos. Ropas, muchas. Pinturas, las mejores. Libros, algunos. Armas, que no falten. Casas propias. Quinta pequeña. Misa en casa. Limosna, siempre. Po-

cos vecinos. Hijos sin mimo. Orden en todo. Mujer honrada. Marido cristiano; y buena vida y buena muerte.

Torre Vieja, en 5 de Marzo de 1650.

Don Francisco Manuel.

FIN

ÍNDICE

